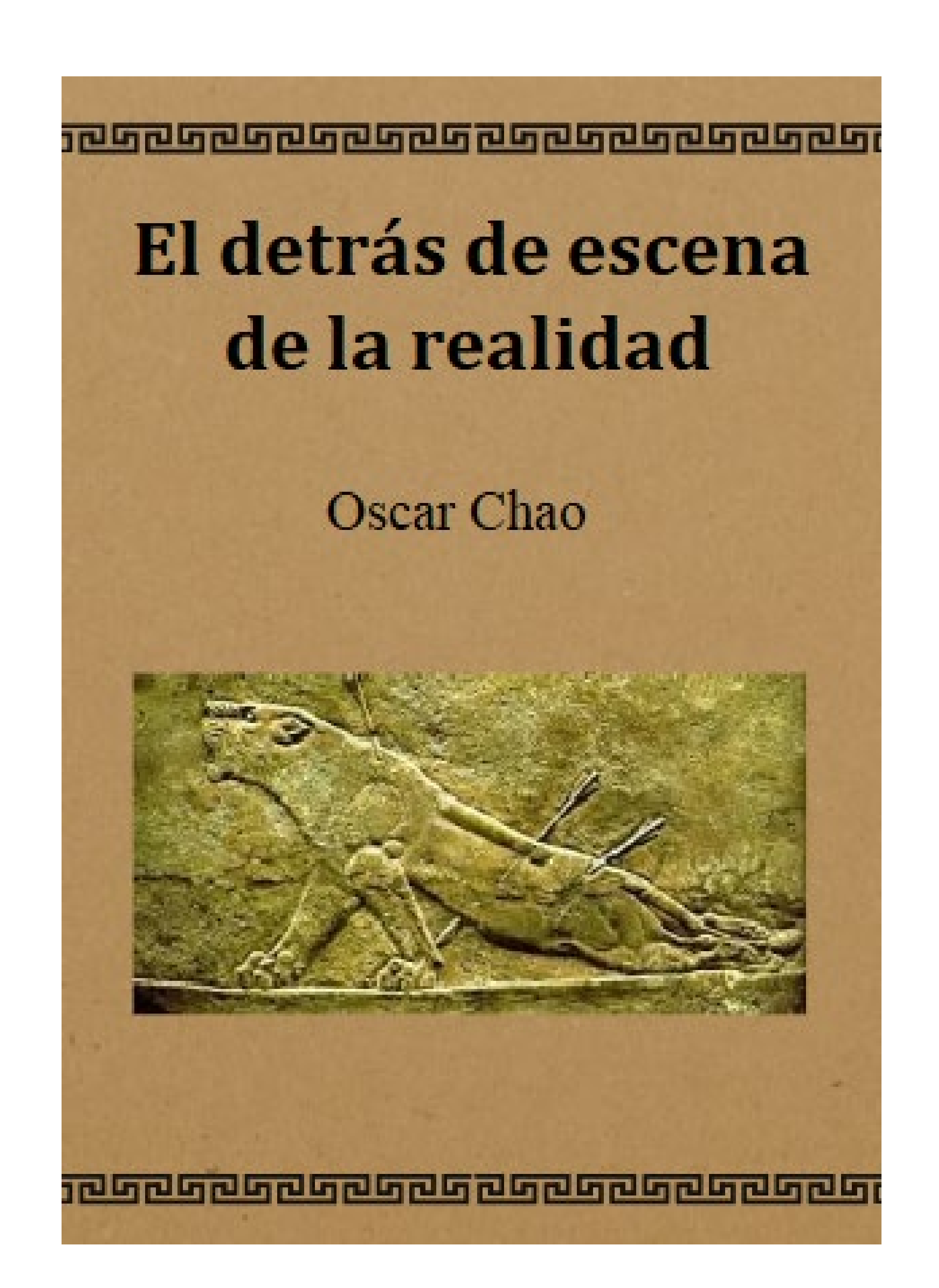


El detrás de escena de la realidad

I

La paradoja del abuelo

El primer viajero en el tiempo fue enviado al pasado con una misión simple y clara: matar al abuelo del inventor de la máquina del tiempo, la cual había convertido sus vidas en un infierno. El hombre fue arrestado por su crimen y al principio se lo creyó un loco, hasta que empezaron a llegar del futuro nuevos viajeros en el tiempo. De un futuro que no debería existir y que, en cierto sentido, no existía. Los gobiernos interrogaban largamente a estos hombres del futuro, pero de a poco fueron perdiendo el interés. Los viajeros en el tiempo describían maravillosas tecnologías, medicinas que sonaban milagrosas, pero la mayoría de ellos no tenían los conocimientos técnicos para recrearlas. Sus relatos no eran más útiles que cuentos de ciencia ficción.

Los médicos se dieron cuenta de que, a medida que pasaba el tiempo, los nuevos viajeros pesaban menos que sus predecesores. Poco después descubrieron que también sufrían de osteoporosis. Pasaron algunos años hasta que se volvió evidente que sus facultades mentales también se estaban degradando: No existen balanzas para la razón.

Todavía aparece cada tanto alguno, con sus ropas translúcidas colgando de un cuerpo que es apenas algo más que un esqueleto, balbuceando sonidos guturales sin ninguna inteligencia. La gente los ve con una mezcla de compasión y de asco y simplemente llama a los servicios sociales para que vengan a buscarlos.

II

Si hubiera cinco hombres justos.

Arístides López nunca había sido un idealista, alguien que soñara con cambiar el mundo. Tercer hijo de siete hermanos (el primero llamado igual que el padre y el resto con el nombre del santo del día), había tenido que abandonar la escuela para cuidar a sus hermanos menores. A los treinta y tantos tenía unas canas prematuras, la cara curtida por el sol y por la cal y las manos callosas de revolear ladrillos. Parecía al menos diez años mayor de lo que era. Sus empleadores solían irritarse con su temperamento. No era irrespetuoso, pero que un "peón" les hablara con la naturalidad, con la total falta de servilismo con que les hablaba Arístides, era algo que los sacaba de quicio.

Una noche, al volver a casa, su esposa le contó que esa tarde había venido la policía y se había llevado al paraguayo de al lado. Lo acusaban de haber violado a su propia sobrina. Arístides los conocía a ambos de vista: él era un borracho y a la niña la había visto sólo de pasada. Era una barbaridad más en un barrio donde esas cosas eran moneda corriente.

Como todo el mundo, se sorprendió e indignó cuando se enteró de que ya lo habían soltado al paraguayo. La sobrina se desdijo, o su declaración original no fue considerada válida porque los padres la habían obligado a denunciar a su tío, o algo así. Algún tecnicismo de abogados por los que el tipo no había pasado ni dos días preso. Arístides sabía dónde encontrarlo: se lo había cruzado varias veces de noche, cuando volvía tarde de la obra. Arístides tenía un arma que se había quedado de una vez en que dos mocosos pasados de droga lo habían querido asaltar. Esperó a la una de la mañana para salir de su casa. Lo encontró al borracho sentado en una parada de colectivos, bajo la única lámpara de

alumbrado público que funcionaba, con una botella de cachaza por la mitad.

- ¿Qué hay? – le preguntó el borracho.

Arístides no respondió. Sacó el revólver del bolsillo de la campera, apuntó al corazón y disparó. El disparo sonó seco, como cuando se rompe una tabla de madera. El borracho no dijo una palabra. Se inclinó hacia adelante y cayó al piso. La botella de cachaza que rodó por el piso hizo más ruido que el disparo y que el muerto juntos. Arístides miró en todas direcciones. Nada. Nadie. Volvió a su casa, guardó el arma en la mesita de luz y se acostó a dormir.

En los días siguientes oyó muchos rumores y chismes acerca del homicidio. Fue fácil disimular: sentía que la muerte del paraguayo era algo tan extraño, tan ajeno a su vida diaria, como si lo hubiese soñado. La policía identificó el arma como la misma que habían usado en el asesinato de un transa un par de años antes, lo que los puso en una pista falsa.

Arístides planeó mejor su segundo acto. Se dio cuenta de que la primera vez había tenido mucha suerte: alguien podría haber oído el disparo, o la botella rodando por el suelo, o haber salido a fumarse un porro. La próxima vez tenía que tener más cuidado. Había dos mocosos que trabajaban como testigos falsos: cuando los jueces necesitaban a alguien que hubiese visto algo, los iban a buscar. A cambio, los dejaban robar sin molestarlos. Los mocosos no se metían con la gente del barrio, eso sí. Arístides los encaró una noche: les convidó cigarros y les dijo que necesitaba que hicieran un trabajo por él. Había que limpiar a un tipo que lo estaba molestando en el trabajo, les dijo. La paga era modesta, pero el trabajo parecía fácil. Les propuso ir a un descampado para poder hablar con más discreción. Fue detrás de ellos, sacó el arma y los mató por la espalda.

La policía se dio cuenta entonces de que había un justiciero en el barrio. Empezaron a patrullar todas las noches. Estaban buscando al justiciero, pero, incidentalmente, eso causó que los delitos de todo tipo se redujeran de modo muy considerable. En el barrio, la mayoría estaba encantada con el "vengador anónimo", el "Robin Hood", o como fuera que lo llamasen.

Arístides no pensaba contarle a nadie lo que había hecho. Ni siquiera a su mujer. Estaba tomando unos tererés con un amigo suyo, con el que habían trabajado en varias obras y en distintas ocasiones se habían conseguido trabajo uno al otro. Este sacó el tema del justiciero:

- No sé quién habrá sido el que se cargó al paraguayo violín ese, pero yo lo aplaudo.
- Fui yo. – Fue un impulso súbito. No lo pensó. – Yo soy el Charles Bronson del que habla todo el mundo.

Su compadre tardó un rato en reaccionar. Primero pensó que era una broma, pero Arístides López no era un hombre que acostumbrase hablar en broma. Al final le dijo:

- Si necesitás ayuda con el próximo, contá conmigo.
- No va a haber un próximo. La poli está buscando el arma. La voy a tirar al rio y me voy a olvidar de esto.

– Tenemos que usar calibre veintidós: La bala queda hecha mierda y no se puede rastrear el arma. Yo las consigo.

Arístides pensó rápido.

– Mejor todavía: Conseguí a dos hombres que te inspiren confianza y deciles que cada uno de ellos traiga a un hombre que les inspire confianza. Enseñales a disparar a los cuatro. Conseguiles veintidós y pasamontañas (no los comprés todos juntos ni en el mismo lugar) y deciles que esperen. Yo mientras me voy a ocupar de otro asunto.

Los "Chicos del Fondo" eran los "capos" del barrio. Era la banda que estaba en los negocios grandes. Los "giles", como los dos mocosos que había matado Arístides, estaban en el barrio con su permiso. Era un sistema feudal y ellos eran los señores. El hermano de uno de los principales integrantes de los Chicos del Fondo tenía 15 años y andaba siempre vagueando por ahí con alguna moto robada. Le gustaba fumar porros y decirles cosas molestas a las mujeres que pasaban. Ninguna se atrevía a responderle, salvo las que no eran del barrio y no sabían quién era su hermano. Arístides sabía que el mocoso no salía nunca de noche, así que iba a tener que actuar de día. Se compró un pasamontaña al volver de la obra, tomó el revólver y se lo puso en el cinturón, debajo de la campera. Le quedaban sólo dos balas, pero iba a ser su último trabajo. El hermanito del capo estaba como siempre sentado en una moto, en el cordón de la vereda, hablando con otro mocoso parecido. Arístides salió de un pasillo con el arma en la mano y la cabeza cubierta. Le disparó al corazón desde menos de un metro. El otro mocoso salió corriendo a todo lo que le daban las piernas. El hermanito del "pesado" estaba tirado en el suelo, llorando y pidiendo por favor que no lo matara. Arístides le apuntó a la cabeza y lo remató con la única bala que le quedaba. Tiró el arma al río esa misma tarde.

Se volvió a encontrar con su compadre una semana después. Este había hecho todo lo que le había encargado. Arístides lo felicitó. Su compadre le dijo que todos estaban sorprendidos al enterarse de la muerte del pendejo ese. Le preguntó por qué lo había hecho, y encima con la misma arma que ya estaban rastreando: "Ahora tenemos detrás a los Chicos del Fondo y a la poli".

– Para mandar un mensaje. Ahora los Chicos del Fondo saben que vamos por ellos. – Arístides le cebó un tereré a su compadre – Cuando era pibe, un día mi viejo me dijo que iba a cortar una enredadera, porque había crecido mucho; se podía caer con una tormenta y era peligroso. Era una enredadera enorme: que cubría toda una pared de dos pisos. Mi viejo dijo que iba a cortarla. Yo pensaba que eso iba a ser un espectáculo digno de verse y me fui detrás suyo. Mi viejo tomó un serrucho y cortó un tronquito del tamaño de mi mano. El tronco que se metía en la tierra. La enredadera tenía miles de raíces por las paredes y en las ramas de los árboles, pero la principal era la que se metía en la tierra. Mi viejo cortó esa y dijo: "Ya está". Los primeros días parecía que no había pasado nada: la enredadera seguía viviendo de sus raíces en las paredes. Pero después las hojas se empezaron a secar y al final, toda la planta se cayó al suelo una tarde. Bueno. Los Chicos del Fondo son la raíz de la enredadera que se mete en el suelo. Si la cortás, todo lo demás se viene abajo sólo.

Cuando se reunieron los seis, les explicó su plan: "Los Chicos del Fondo nos superan en número, están mejor armados y saben disparar mejor que nosotros. Tenemos una sola ventaja para ganar esta guerra y no hay que perderla: podemos atacarlos por sorpresa. Si ellos averiguan quiénes somos, estamos listos".

Uno de los hombres que trajo uno de los amigos de su compadre, al que Arístides no conocía, resultó ser una adquisición muy útil: el tipo había estado años cazando pumas en el norte. Tenía un rifle que no estaba registrado en el país. A los dos días se puso como francotirador en un edificio abandonado y mató a uno de los más "pesados" con un tiro directo en la cabeza. Once días después emboscaron a otros dos que habían salido del barrio para comprar cerveza y les dispararon entre los seis con los revólveres 22. En dos semanas habían acabado con tres de ellos. El resto estaba en pánico.

Un día, al llegar a la obra, Arístides se enteró de que un compañero de trabajo había sido asesinado. Era un paraguayo de cuarenta y tantos. Un tipo reservado que hablaba poco y nada. Le habían disparado con un 22 y habían dejado un paraguas arriba del cadáver a modo de insulto. El crimen le llamó la atención, pero los asesinatos eran cosa de todos los días por ahí. No pensó más en ello. Fue recién el segundo homicidio el que le hizo entender lo que pasaba. Un boliviano que se dedicaba a comprar productos de limpieza al por mayor y los fraccionaba en botellas de dos litros apareció con cinco disparos de calibre 22. La policía sospechaba que había habido más de un arma y pensaba que los asesinos eran los mismos que estaban atacado a los Chicos del Fondo. Sobre el cadáver dejaron varias bolas de fraile. La mujer le contó a Arístides que la policía estaba analizando químicamente las bolas de fraile para saber de qué panadería eran. Arístides la escuchó con incredulidad: ¿En serio eran así de pelotudos? Mucho no le creyó.

Trataban de que los vieran juntos lo menos posible, pero Arístides llamó a una reunión de emergencia. Todos negaron estar involucrados en esos dos asesinatos. Dijeron que debían ser imitadores; el cazador sugirió que quizás habían sido los Chicos del Fondo, para desprestigiarlos.

- ¿Qué hacemos? – Fue la pregunta inevitable.
- Nada. Seguimos con el plan. – Respondió Arístides.

El cazador de pumas volvió a actuar solo de nuevo: fue lo más arriesgado que había hecho cualquiera de ellos nunca. Cuando emboscaron a los que habían ido a comprar cerveza, se había quedado con una metralleta de uno de ellos. Se puso el pasamontaña, salió de su casa con la metralleta sin que nadie lo viera y fue directo a la guarida de los Chicos del Fondo. Mató a dos y mandó a otros dos al hospital. Salió corriendo por los pasillos mientras le tiraban con fusiles FAL y metralletas. Esa misma noche ocurrió el peor crimen de todos: varios hombres encapuchados entraron en una casa y mataron a toda una familia, incluyendo a los niños. Dejaron las típicas bolas de fraile y los paraguas que eran su firma.

Las noticias llegaban una detrás de la otra. Todavía nadie se había recuperado del horror de la masacre de la familia, cuando alguien se dio cuenta de que los Chicos del Fondo no estaban más. Se habían ido del barrio. Se habían rendido.

Arístides volvió del trabajo y lo vio a su vecino cargando una camioneta con muebles. Era

un tal Jesús Quispe, un peruano que se ganaba la vida cortando el césped de jardines y veredas por unos pesos.

- ¿Se va, Don Jesús?
- Si. Por la familia, ¿vio? Si era por mí, yo me quedaba. – Le dijo, con ese ridículo pudor de los hombres recios para admitir que tienen miedo.

Arístides les deseó buena suerte. Nunca volvió a verlos.

Ni su banda ni la que había matado a la familia volvieron a actuar nunca. Sin el padrinazgo de los Chicos del Fondo, todos los delincuentes de poca monta del barrio se fueron a otra parte. Un par de meses después, se podía ver a los pibes del barrio jugando a la pelota hasta de noche. Así de seguro se había vuelto el barrio. Eso sí: la mayoría de las familias de extranjeros se mudaron. Tenían miedo y la casa que pudieran tener en ese barrio simplemente no valía la pena.

Los seis se reunieron una última vez, para enterrar las armas y los pasamontañas.

El compadre de Arístides vino después de que pasaron varios meses a tomar unos mates con él.

- Decime la verdad – le dijo Arístides –, ¿tenés alguna idea de quienes fueron los de las bolas y los paraguas?
- Mirá: Yo busqué dos tipos de confianza, como vos me encargaste. Pero a los otros dos no los había visto nunca y no tengo la menor idea de quienes son. Cuando limpiaste al primero, mucha gente no vio que mataste a un violín: vio que mataste a un boliguayo. Y les caíste bien por eso. Por ahí alguno de los nuestros aprendió de nosotros y armó su propia banda. O por ahí nosotros dos somos los únicos que no estábamos enterados de lo que hacían los otros cuatro. O quizás tenía razón el cazador de pumas y fueron los mismos Chicos el Fondo. O fue algo que ocurrió al mismo tiempo por pura casualidad. No lo sé.

Arístides le dio un buen sorbo al mate. Había dejado el tereré y se había pasado al mate caliente. Se quedó pensativo un buen rato, mirando la nada.

- Me dijo mi mujer que tu señora está embarazada. ¿Es verdad?

III

Sueños

No recordaba desde cuando tuvo esos sueños extraños, extremadamente vívidos, que parecían ser algo más que sueños. Los primeros que recordaba claramente los tuvo cuando tenía unos ciento cincuenta ciclos lunares de edad. Los hombres de su aldea se habían marchado a la guerra. Las mujeres se quedaron temiendo por ellos y por sí mismas, porque, si sus hombres eran derrotados, ellas quedarían indefensas. Los otros se las repartirían

como botín. Fueron tres días horribles. Durmió poco y mal. La despertaba aterrada cualquier ruido y se pasaba todo el día mirando al horizonte, esperando ver aparecer a un mensajero corriendo por las colinas, portador de noticias buenas o terribles.

Estaba en una ciudad extraña. Sabía lo que eran las ciudades, aunque nunca había estado en una. Una ciudad con grandes edificios con casas construidas unas sobre otras, como en Cartago, pero había también carruajes de cobre que corrían, sin caballos, a grandes velocidades. La gente había plantado árboles en las aceras, por lo que la ciudad parecía estar en medio de un bosque. Le gustó eso. Una niña de su edad la vio desde la acera opuesta y se cruzó a hablar con ella. Se reía amablemente y parecía estar maravillada con ella. La niña le resultaba familiar, aunque no la conocía. Hablaba en algo que parecía latín vulgar, aunque muy corrompido, y con un acento extraño. No le entendió una palabra. Al otro día le contó lo que había visto al intérprete de sueños de la aldea. Este le dijo que la ciudad que parecía Cartago, pero que no era Cartago, representaba la grandeza. Los árboles, la naturaleza que todo lo corrompe y devora. La niña que le hablaba sin poder hacerse entender, el olvido. "Vas a ser una gran guerrera, como tu padre. Vas a hacer una hazaña que será recordada por siglos, pero tu nombre no lo será". Ella no estuvo de acuerdo con su interpretación, pero no le pareció de buena educación contradecir a ese hombre santo, así que calló. Esa tarde llegaron noticias: Los hombres habían vencido. Estaban regresando cargados de botín y prisioneros. Sintió pena al ver a las que poco antes habían sido mujeres libres atadas junto con los esclavos: Las llevarían a Londres y las venderían allí. No pudo dejar de pensar que ella podría haber estado en su lugar. Apartaron a los guerreros para sacrificarlos. Los había imaginado como monstruos deformes, feos, lujuriosos y crueles. Pero se parecían a los hombres de su familia. Los vio despedirse de sus mujeres que iban a ser vendidas con lágrimas en los ojos. Un muchacho apenas mayor que ella la impresionó con su belleza y con la entereza con que se estaba tomando su situación. Mejor que muchos adultos. – La ciudad que se parecía a Cartago, pero no era Cartago, tenía ventanas que parecían de hielo, pero no se derretían. No las había notado en su primer sueño. La niña parecida a ella se señaló y le dijo su nombre, pero al despertar lo había olvidado. – Su padre le puso una mano en el hombro y le preguntó si le había tomado cariño a ese muchacho. Ella admitió que sí. Entonces él sacó un cuchillo de bronce muy largo, casi una espada, y se lo puso en sus manos.

– Entonces, se rápida y efectiva: No lo hagas sufrir sin necesidad.

Su aldea fue atacada por sorpresa cincuenta ciclos lunares después. La mayoría de los hombres libres murió. A las mujeres las vendieron junto con los esclavos.

Despertó encadenada en la sentina de un barco. Había tenido la desgracia de matar a uno de sus atacantes y se lo estaban haciendo pagar caro. Había una tormenta. El agua de lluvia se mezclaba con las inmundicias del barco, formando un líquido negro espeso que le llegaba hasta las rodillas. Ya no recordaba cuantos días llevaban en el mar, cuantas palizas le habían dado, cuantos hombres la habían violado. La muchacha estaba parada a su lado. Estaban en el mismo barco. Esta vez no había ciudades extrañas con ventanas de hielo ni carros de cobre sin caballos. La muchacha lloró al verla en ese estado y le preguntó algo en su lengua.

– Aqua. – Le pidió. La muchacha entendió y se puso a buscar algo para darle de

beber, pero ella despertó antes de que regresara.

Volvió a soñar con ella varias veces en esos días. Nuevamente soñó con ella años después, tras apuñalar a su amo y fugarse. Se unió a los bacaudae y pasó diez años relativamente felices de su vida con ellos, durante los cuales no volvió a tener esos sueños extraños. Si, en cambio, sueños horribles en los que rememoraba sus años como esclava y, más aún, la destrucción de su aldea y su captura. Ambos tipos de sueños se parecían: en el sentido de que parecían algo que estaba ocurriendo realmente aquí y ahora. No recuerdos de algo ocurrido hacía años o inventos de su imaginación.

Su director de tesis se acomodó los anteojos y leyó el título:

- "El stress post-traumático en la guerra antigua". Suena prometedor. – Dijo, un poco condescendiente. Tenía suficiente experiencia como para que los títulos de las tesis no lo impresionaran demasiado.

Los bacaudae no tenían un verdadero gobierno ni verdaderas leyes. Estaba prohibido matar, robar y violar. Cualquiera podía ser juez y verdugo de quien no cumpliera esas tres leyes no escritas. Cada uno se ganaba la vida como podía: algunos cuidaban animales, o cultivaban la tierra, otros pescaban, otros pirateaban. Ella había sido esclava en los telares, así que se fabricó uno y se dedicó a hacer ropa. Se instaló en una casa que había quedado deshabitada, en un pueblo que tenía más casas que habitantes. Eran unas doscientas personas que habían ocupado un pueblo fantasma; habían reparado las casas, desmalezado los caminos y construido una casa fuerte entre todos. Había una tribu a la que pertenecía un tercio o un cuarto de la población. De modo informal, su rey mandaba sobre todos ellos. Unos piratas usaban las tierras de los bacaudae como un puerto seguro. El rey los necesitaba para defender la costa, pero no confiaba en ellos. El resto eran mayormente esclavos fugitivos como ella, otros eran familias de campesinos que se habían hartado de los impuestos abusivos, algunos desertores de las legiones y otros no estaba claro por qué se habían ido a vivir allí. Todos desconfiaban de estos últimos, suponiendo que debían ser criminales buscados. Había también otra clase de bacaudae que se fue volviendo cada vez más numerosa: los que simplemente habían nacido allí.

Una noche tranquila, que siguió a un día donde no pasó nada interesante, volvió a soñar con la mujer parecida a ella. Estaban en lo alto de un edificio. Había extrañas cajas luminosas sobre las mesas. La mujer miraba por la ventana a lo lejos. Había estado llorando.

- Papá murió. – Le dijo. Las dos se abrazaron. Al despertar, supo que su padre había muerto. No había vuelto a saber nada de su familia en quince años. Su padre no estaba en la aldea cuando la atacaron y siempre pensó que estaba vivo. Ahora lo sabía. Se sentó sobre la cama, abrazó sus rodillas y lloró.

La noticia de que los romanos habían formado una alianza con los visigodos primero los alarmó, pero después supieron que el general Aecio estaba firmando alianzas con todos en Europa y que iba a ir a visitarlos. ¿Aecio? ¿EL Aecio iba a ir a visitarlos a unos Don Nadie como ellos? No podían creerlo hasta que lo vieron. Llegó con una escolta de sesenta caballeros y un séquito igual de numeroso. Bajó del caballo con parsimonia, cubierto con su manto púrpura. Más parecía un rey que no un general. Ella estaba entre la multitud de curiosos que había ido a verlo.

Aecio se reunió con su rey a puertas cerradas. Después, este salió y les anunció que el general les ofrecía el perdón y una tregua por tiempo indefinido, si dejaban de piratear sus barcos y dar asilo a esclavos fugitivos. Hubo un rumor de asombro y algunos gritos de alegría. Un capitán de barco pirata preguntó con desdén:

– ¿Y qué quiere a cambio?

– Cuatro mil hombres.

El entusiasmo se esfumó. Hubo rumores y discusiones entre toda la multitud.

*   *   *

Aecio pasó revista a sus fuerzas. No prestó mayor atención a que había una división de mujeres, a que algunos muchachos no eran más altos que su espada ni a que algunos hombres eran tan viejos, que apenas se podían tener parados. Sabía que le habían mandado lo que tenían. No esperaba más. La mitad de ellos desertó durante las semanas de marcha forzada que precedieron a la batalla. Muchos simplemente no pudieron seguir el ritmo de marcha del ejército. Otros no estaban interesados en hacerlo. Llegaron sólo los guerreros de la tribu, sus aliados piratas y un par de cientos de mujeres y campesinos. La línea del frente la formaban los tres aliados principales. Los bacaudae y otros aliados menores irían detrás. El emperador era por entonces sólo un rey de papel, sin verdadero poder, pero le envió a Aecio lo mejor que tenía: su guardia personal. Todos quedaron muy impresionados al ver llegar a los pretorianos: con sus lorigas musculadas exquisitamente pulidas y sus ropas lujosas. Marchando con una disciplina superior a la de cualquiera. Parecían semidioses más que no hombres. Durmió en el campo de batalla, usando su escudo como almohada.

Las dos estaban sentadas en la rambla, mirando la puesta de sol sobre el Río de la Plata. Le mostró una foto de su novio en el teléfono celular. Ella no mostró ninguna sorpresa ante ese artefacto. Después se puso seria y le señaló la puesta del sol.

– Ultimun tempus videmus.

La batalla comenzó con combates de caballería que duraron toda la mañana. Una elevación al este de la planicie principal cambió de manos varias veces hasta ser tomada por los ibéricos aliados de Roma, aunque estos quedaron tan maltrechos, que no pudieron hacer otra cosa que quedarse allí el resto del día. Aecio desplegó entonces sus fuerzas sin perder tiempo. Los romanos en el flanco izquierdo, los visigodos en el derecho, los burgundios en el centro. El resto de sus aliados menores formaron por detrás, sin un rol claramente definido. Los hunos lanzaban una carga de caballería tras otra para hostigarlos. Ella estaba confundida:

– Esto no es normal. ¿Por qué no paran de enviar estos ataques de caballería?

– La mitad del ejército de Atila es caballería. Nosotros tenemos que mantener esta posición y volver vivos. Eso es todo.

Los ataques iban siempre contra el más débil de los tres aliados: los burgundios. Los hunos sufrían grandes pérdidas en esos ataques, pero parecían estar más indignados ante el hecho de que los europeos se hubiesen atrevido a presentarles batalla, que no preocupados por salvar sus vidas. Incluso los soldados más veteranos comentaban que nunca habían visto una batalla como esa antes. A mitad de la tarde, los hunos atacaron con todo lo que tenían, caballería e infantería mezclada, a la debilitada falange de los burgundios. El frente se colapsó. Los bacaudae que no formaban parte de la tribu se lanzaron al ataque: Estos no tenían un rey ni líneas de mando, así que cada uno corrió por su cuenta al lugar donde se estaba disputando el resultado la batalla. Ella desvió una jabalina con su escudo de madera, corrió hacía el enemigo que se la había arrojado antes de que este pudiese desenvainar su espada y le partió la cabeza con su hacha. Vio a un burgundio caído en el piso y un huno que iba a rematarlo: Ella le arrojó el hacha en la espalda, hiriéndolo gravemente. El burgundio se puso de pie, tomó su lanza y terminó de rematarlo. Ella tomo entonces una espada de uno de los tantos muertos que había tirados en el suelo. El suelo estaba casi cubierto de cadáveres de bestias y de hombres, heridos y moribundos, lanzando alaridos o balbuceando en distintas lenguas. Un caballo que había perdido una pata intentaba pararse, enloquecido por el dolor. Fue la batalla más sanguinaria de la que hay registros históricos, decían los libros: los dos bandos tuvieron más de un 50% de bajas. Era un estupendo punto de partida para su tesis, pensó. Avanzó. Los hunos se habían detenido, sorprendidos por ese contrataque desorganizado, pero feroz, y empezaban a retroceder. Un grupo de piratas bacaudae habían lanzado un "abordaje en tierra firme". Una nota a pie de página reconocía que no tenían la menor idea de lo que significaba eso. Ella miró hacia atrás: vio que los pretorianos habían corrido a cerrar la brecha que se había abierto en el frente y se batían con bravura contra la infantería de élite de los hunos. Estos los triplicaban en número, pero los guardias reales parecían estar dispuestos a resistir hasta el último hombre. Les habían comprado un tiempo valiosísimo, pensó ella, pero al precio de sus vidas. Sabía que ya no podía volver, así que siguió avanzando.

- ¿Lista para el examen?
- Más o menos. Dormí mal y tuve sueños raros. Me pasa siempre que estoy bajo mucho stress.

Él le alcanzó el plato con las tostadas, le dio un beso en la sien y miró el libro por sobre su hombro:

- "Los Campos Cataláunicos". ¿Es verdad que ahí hubo un regimiento de mujeres o eso son boludeces de Hollywood?
- No. Eso es verdad. Aunque no creo que usaran bikinis sexys de malla de acero, sino ropa gruesa, cascos, ...no sé... ¿algo que te proteja realmente en una batalla? Y Atila no era un bárbaro mugriento con la cara cubierta de cicatrices. De hecho: era un hombre muy apuesto. Se veía impresiónate montado sobre su caballo, tan orgulloso como él, con el amanecer a su espalda, su armadura reluciente y sosteniendo su casco debajo del brazo.

IV

En el corazón de Joseph Conrad

En una rústica mesa de madera, cuatro hombres beben cerveza y ríen. Es una taberna pobre, iluminada con un par de lámparas de gas. Ha caído ya la noche y la mezcla de niebla y humo habitual de Londres se ha convertido en una fina llovizna que empieza a convertir las calles en barro. Los hombres son o fueron todos ellos marineros, pero tienen otra cosa en común que los une: todos son escritores. Tres de ellos son aficionados, el otro se gana la vida con eso. Los hombres se envidian mutuamente. Los aficionados envidian a su viejo compañero de navegación, ahora famoso y respetado. Él, por su parte, añora los buenos viejos tiempos en que, como sus amigos, escribía por el placer de hacerlo, un pasatiempo que le servía para matar las horas muertas en alta mar, como otros tallaban un pedazo de madera con una navaja o apostaban a los dados. Para vivir de sus historias, ahora tiene que darle de comer algo a la imprenta todos los meses. Historias de amor, críticas literarias, cuentos de aventuras, todo sirve. Su mayor éxito sin dudas han sido las aventuras del capitán Marlow. Marlow era un explorador, aventurero y navegante civil. Siempre trabajaba por encargo, nunca se había enlistado en ninguna armada, porque no le agradaba recibir órdenes. Era un hombre decente y con un riguroso sentido moral, que se jactaba de "jamás haber dicho una mentira". Marlow era el hombre que "nunca había dicho una mentira": como Aquiles era "el de pies ligeros" o Ulises era "el astuto", esto era algo que formaba parte de su ser.

Los hombres están tratando de imaginar a personajes clásicos en situaciones totalmente fuera de carácter: Hamlet asesinando a Claudio apenas vuelve de hablar con el fantasma de su padre. Romeo y Julieta divorciándose. Otelo dándole una paliza a Yago y diciendo: "Me tenía harto ese tipo, siempre hablando mal de mi esposa". Todos ríen. Están sólo ligeramente borrachos. Conrad mira su reloj, vuelve a guardarlo en el bolsillo y dice una última broma mientras se levanta:

– Mañana debo ponerme a trabajar desde temprano. No se me ocurre nada sobre lo que escribir, así que supongo que será una nueva aventura de Marlow.

– Deberías escribir una novela donde Marlow descubre las fuentes del río Congo. No sé por qué nunca has escrito sobre eso.

– ¡Es verdad! Tú mismo intentaste remontar el Congo hasta sus fuentes. Podrías escribir algo mucho mejor que ese marica de Melville.

– El villano podría ser ese loco asesino con el que casi te agarrás a tiros. ¿Cómo se llamaba? ¿Kerts? ¿Kurtz?

– Rom. Léon Rom. Kurtz era el capitán de un mercante. Y no era un loco asesino: solo era un idiota. No lo sé. Quizás escriba esa historia. Ahora; adiós.

Ya sólo bajo la llovizna pensó en esa última conversación con ironía. "¡Marlow descubre los fuetes del Congo!" ¡Típica historia de aficionado! Una fantasía compensatoria de la realidad. El típico relato de un escritor que inventa a un héroe que logra en la ficción lo que

él intentó en la realidad y fracasó. Rom había sido el menor de sus problemas en África. La falta de interés y la corrupción de los funcionarios coloniales belgas, una tripulación incompetente formada mayormente por esclavos, la hostilidad de los salvajes y, por último, la malaria. Tres días alucinando por la fiebre en un barco tripulado por esclavos caníbales y tres meses en cama al regresar. Sin dudas no iba a escribir sobre algo que ni siquiera podía recordar sin un profundo malestar. Marlow no descubriría las fuentes del Congo. Jugó con otra idea: "¡Marlow dice una mentira!" La idea le pareció divertida, como Aquiles huyendo cobardemente o Ulises haciendo el tonto.

Dos muchachas cubiertas con capas grises pasaron por la acera de enfrente conversando entre sí y riendo alegremente, indiferentes al clima lúgubre y a la creciente soledad de las calles. La alegría de esas risas femeninas lo apartó un momento de sus sombríos pensamientos y se quedó mirándolas alejarse. "Los hombres confunden con nobleza de sentimientos lo que, en el bello sexo, es sólo falta de imaginación. La incapacidad intelectual para entender el horror, a menos que lo vean de modo directo".

¿Cómo podría decir Marlow una mentira de modo que no sea absurdo? Pensó en una mentira de cortesía. No. Eso era hacer trampas. Desde luego que Marlow decía mentiras de cortesía, como todo el mundo. No era a eso a lo que se refería con que "nunca había dicho una mentira". Tenía que mentir de veras. Pero mentir es inmoral: si Marlow mentía, eso lo convertiría en un villano. ¿Cómo podía mentir un héroe? Mentiría, pensó, para salvarle la vida a alguien. Jugó con la idea un poco, pero entonces comprendió que estaba en el mismo caso que con la mentira de cortesía: estaba haciendo trampas. Finalmente comprendió que había una única opción. Había solo un modo en que Marlow podía cometer el pecado de dar falso testimonio y seguir siendo visto como un héroe por los lectores: mentiría por piedad. Las muchachas risueñas en la acera de enfrente ya casi se habían perdido de vista. Le mentiría a una dama. A una mujer joven, bella, ingenua e idealista. No para aprovecharse de ella o por algún motivo canallesco, sino porque comprendería que no podía decirle la verdad. Poner el peso de la verdad sobre esa delicada criatura sería como poner un yunque sobre una mariposa: la mataría. Pero, ¿Qué podría ser tan horrible como para no poder siquiera hablar de ello? Sus pensamientos volvieron a África. Recordó a Rom frente a su cabaña rodeada de cabezas clavadas en picas, sentado en su mecedora con una sonrisa diabólica. – "No existe criatura más despreciable sobre la faz de la tierra que el hombre que ha conocido a sus demonios. El horror...El horror..."¿Estaba hablando de Rom o de sí mismo? – Cuando llegó al mundo civilizado la noticia de su muerte, de cómo había sido enterrado como un rey africano, entre toda clase de sacrificios y brujerías, la sociedad europea estaba horrorizada. Su familia salió a desmentir esos rumores: diciendo que, si era verdad que ese horrible ritual pagano había ocurrido, habría sido por ignorancia y en contra de su voluntad. Pero él sabía que los rumores eran ciertos. Su supuesto trono de mujeres desnudas había sido un invento de la imaginación licenciosa de periodistas europeos, pero sí era verdad que cuatro muchachas de su harén habían sido enterradas vivas con él para servirle en la otra vida. Marlow hablaría con la prometida de Rom ... Kurtz... quien le preguntaría si los rumores eran verdad. A medida que pensaba más en la idea, iba tomando consciencia de lo tremenda que era la situación: Para ese hombre, no haber dicho jamás una mentira era parte de su identidad. Mentir, aunque fuese por piedad, era morir a medias. La verdad destruiría a su interlocutora, pero la mentira lo destruiría a él. Se estaba sacrificando por ella.

Cuando llegó a su casa, buscó las memorias que se había propuesto escribir de su expedición al Congo. Era sólo una página sosa sobre la fascinación que siempre le habían inspirado desde niño las zonas inexploradas en los mapas. Manchas grises, a veces atravesadas por un río o por una cordillera, rodeadas por una línea de puntos y con la inscripción latina: "Terra Incognita". ¿Qué había ahí, en el centro de esas manchas oscuras? ¿Qué se escondía en el corazón de la oscuridad?

Decidió dejar esa primera página tal como estaba, sin cambiar una coma de lugar. Tomó otra página y escribió: "2".

V

Matar una leona.

El príncipe era un poco alocado, sí, pero no era algo demasiado grave, que alarmase a sus tutores oficiales. Bebía desde niño. Era pendenciero. Y, desde que su tutor principal lo había autorizado a tener experiencias sexuales, cuando cumplió los 14 años, se pasaba varias horas diarias con sus esclavas. "Como cualquier muchacho con un juguete nuevo", decían sus maestros sin preocuparse demasiado por ello. El príncipe tenía también cualidades favorables, por las que era muy apreciado. Al caer al suelo un compañero, durante una cacería, saltó con su caballo sobre el lomo de un oso, para distraerlo. Durante una fiesta popular, cuando tenía 13 años, se arrojó al Éufrates a rescatar a un niño que se estaba ahogando, con riesgo de su propia vida. Su padre le dijo en esa ocasión: "Ser amado por el pueblo es bueno, pero no es necesario. Puedes hacerte odiar por el pueblo. Lo que no puedes jamás es ser odiado por tus ministros y generales. El rey reina, pero ellos son los que gobiernan en verdad el país".

El rey estaba muy enfermo. El príncipe asistía a sus lecciones diarias e hizo una pregunta que nunca había hecho:

– ¿Por qué nunca me enseñaron nada de estrategia militar o de administración? Todo es protocolo, literatura, moral. Aprendí a montar a caballo, disparar el arco y decir siempre la verdad, como todo buen persa; pero nunca me enseñaron por qué montar a caballo ni a quien debo dispararle mis flechas.

– Los generales se ocupan de la estrategia y, los ministros, de la diplomacia. Su deber es ser valiente e inspirar valor a sus soldados, su alteza.

Un mensajero los interrumpió:

– El rey lo manda llamar, su alteza.

El príncipe se paró a su lado, en su lecho de muerte. El rey le dijo:

– Te dejo mi reino y a mis generales y ministros para que lo guarden. Demuestra que eres un buen rey.

El príncipe oyó a los cortesanos murmurar acerca del problema de la sucesión ya en el

cortejo fúnebre. "Todavía no cumple los 15 años", fue lo único que alcanzó a oír claramente. Estaba decidido a no ser una marioneta suya como lo había sido su padre, por lo que, apenas regresaron al palacio declaró en tono decidido:

– No va a haber consejo de regencia. Reclamo mi derecho a probar mi valía del modo tradicional.

Un ministro anciano tomó la palabra:

– Su alte...Su majestad: ¿Realmente le parece prudente? La prueba tradicional jamás se ha hecho sin tener... ejem... un segundo príncipe heredero disponible. Usted es hijo único.

– Hay otros siete hombres en la línea de sucesión del trono: Todos ellos dignos. Pasaré la prueba tradicional y, si no lo hago, lo mejor que puedo hacer por Persia es dejar el trono vacante lo antes posible.

La decisión estaba tomada y no se discutió más el asunto.

* * *

El laberinto estaba en el medio del desierto. No tenía otro propósito y no había sido usado por más de un siglo. Hubo que hacerle algunas reparaciones para la prueba. El laberinto tenía, visto desde arriba, forma de H, salvo por dos apéndices que salían del pasillo central: un pequeño pasillo circular hacia un lado y otro en forma de serpiente, hacia el otro. Ahí, en ese pasillo con forma de serpiente, pensaba dar la batalla. El príncipe había imaginado la situación durante años: Apenas se abriesen las jaulas, correría a toda velocidad a ese pequeño pasillo zigzagueante y esperaría a la leona contra la pared del fondo. Las jaulas estaban en los dos extremos de la H, de modo que los rivales no podían verse hasta que las jaulas se abriesen. Una jaula contenía a la leona, en la otra encerrarían al príncipe. Las paredes de los pasillos eran de ladrillo. El techo estaba lleno de luminarias, para que la luna alumbrase claramente los pasillos, pero nadie pudiese escapar por arriba.

Se habían reunido todos los ministros y los nobles, más algunos cientos de curiosos. El príncipe se desnudó y un sacerdote derramó la sangre de un becerro sobre su cuerpo desnudo. La leona hambrienta sintió el olor de la sangre y rugió en su jaula. El general del ejército le dio al príncipe un escudo y una lanza y lo acompañó a su jaula. Lo encerró él mismo. Algunas mujeres rompieron a llorar. El jefe de ministros puso en marcha la clepsidra que operaba el mecanismo de las puertas y, a continuación, le dijo solemnemente a la multitud:

– En algún momento hacía el final de la segunda vela, las puertas de las dos jaulas se abrirán al mismo tiempo. Nosotros nos iremos ahora. Volveremos mañana al amanecer y, dentro de este laberinto, encontraremos o un cadáver o un digno rey de Persia.

El príncipe vio a la pequeña multitud alejarse. Vio desde su jaula la que podría ser su última puesta de sol. No tenía miedo, pero sí frío. "¿Hubiese roto demasiado el protocolo si les pedía que me dejasen una manta?", pensó. Se sentó en el suelo para no cansarse sin necesidad. Pensó en los griegos, quienes elegían a sus generales poniendo piedras en una vasija: blanca si lo aprobaba la turba, negra si lo rechazaba: Le parecía ahora un método menos estúpido para elegir gobernantes que cuando su maestro le contó de ello. "Un cadáver o un rey de Persia. – Pensó– Las dos cosas son honorables".

Sintió que la reja hacía un ruido raro y se puso de pie. Tomó su lanza y su escudo. La puerta se soltó y se elevó hasta el techo con un gran estruendo. El joven corrió descalzo a toda velocidad por el pasillo en penumbra, dobló a su izquierda y se metió en el pequeño pasillo zigzagueante. Con la pared del fondo a su espalda, apoyó una rodilla en el suelo, se cubrió con su escudo e izó la lanza en ristre. La leona llegaría en cualquier momento. Si no lo había olido ya, lo encontraría simplemente buscando la salida del laberinto. El corazón le latía como un redoble de tambor. Pero entonces oyó algo que no esperaba oír: Las voces de su general en jefe y de su jefe de ministros, llamándolo. El príncipe salió de su refugio. La leona estaba tirada en uno de los pasillos largos, muerta con una lanza. El general tomó su lanza para llevársela. "Volveremos por la mañana, como está previsto", le dijo, "Le diremos a todos que usted mató a la leona".

– Pero, ¿Qué hay de mi prueba? – Protestó el muchacho.

– Esta es su prueba. – Le respondió el jefe de ministros: – Mañana le dirá al pueblo que usted mató a la leona. Todos daremos fe de ello y el pueblo se creerá esa mentira. Eso demostrará que usted puede confiar en sus ministros y generales, y que ellos pueden confiar en usted. Eso es lo que en verdad se necesita para ser rey; no matar una leona.

VI

Año 2778 desde la fundación de Roma

Dicen que todos morimos dos veces: la primera es cuando dejamos de respirar y, la segunda, cuando alguien nos recuerda por última vez. Desde todo punto de vista razonable, en el caso del licenciado Horacio Di Lazio, esos dos eventos no deberían haber estado separados entre sí por más de una semana. Se había recibido con una tesis sobre el concepto de "plagium" en el código de las Doce Tablas, que fue encontrada aburrida hasta por profesores de Derecho Romano. Desde entonces, había combinado sus clases con la publicación de artículos en medios académicos. La mayoría de esos escritos discutían el significado exacto de algún concepto y citaban prácticamente todo documento en donde dicho concepto había sido usado. Di Lazio había leído cada texto en latín hasta la época de las Cruzadas. Hablaba también el griego, el inglés y el italiano. Su vida privada era, mitad desconocida, mitad inexistente. Decía haber estado felizmente casado y estar "todavía más felizmente divorciado". Tenía una hija que lo llamaba por teléfono para su cumpleaños y le enviaba un regalo por correo en Navidad. Era un hombre de contextura pequeña. Al cumplir los 70, además, se estaba quedando un poco encorvado y usaba unos anteojos con

vidrios muy gruesos. Sus trajes eran pobres y gastados, pero siempre estaban limpios, el nudo de su corbata perfectamente hecho, sus zapatos lustrados y, él, bien afeitado y peinado. Cuando alguien lo mencionaba en una reunión de egresados, la respuesta más común era:

– ¿Quién?

– Di Lazio... el profe de Derecho Romano.

– ¡Ah, sí!

Y todos pasaban de inmediato a algún otro tema más interesante.

Yo formé parte de su último curso. Di Lazio tenía edad más que suficiente para jubilarse, pero no estaba interesado. Su indiferencia a las ideas, los autores y hasta los acontecimientos contemporáneos era extrema. Se cuenta que una vez alguien le preguntó qué opinaba de Foucault.

– ¿El del péndulo? – preguntó extrañado.

No sé si esa anécdota será verdadera. Pero puedo dar fe de que es posible.

Cuando yo lo conocí, él ya estaba trabajando en su tesis sobre el juicio Clodio Contra Marcelo. El trabajo de investigación y de reflexión que le estaba dedicando a ese trabajo era tal, que por primera vez en su vida sus clases se resintieron a causa de ello. Se olvidaba de corregir los trabajos de sus alumnos o daba clases distraído. Releer cada documento conservado sobre el asunto fue sólo la primera parte de su investigación: leyó cada artículo y cada comentario moderno sobre el bendito juicio. Le parecía escandaloso que nadie hubiese escrito todavía un libro dedicado por completo al asunto y pensaba corregir eso. Ese, decía, iba a ser su legado, la obra de su vida.

Algo que me llama la atención del habla popular son conceptos como "tomarse algo con filosofía" o "tener una actitud filosófica". El filósofo le parece al vulgo un hombre desapasionado, sobrio y prudente, porque nunca se acalora discutiendo acerca de cuál es su grupo musical favorito ni se agarra a trompadas por un partido de fútbol. Pero, pregúntele uno al filósofo que opina sobre el empirismo y el racionalismo y vea que tan "filosóficamente" se lo toma: Ahí se rompe una pierna pateando una piedra o se da de coscorrones a sí mismo. Y creo que con el licenciado Horacio Di Lazio la mayor parte de las personas cometieron un error parecido. Ahora esto puede sonar irónico, pero todo el mundo lo consideraba un hombre tranquilo y pacífico, incluso apático. Esa imagen procedía sobre todo de su total falta de interés, en un ambiente altamente politizado como lo es una facultad de humanidades, por prácticamente todos los asuntos que le hacían hervir la sangre a sus alumnos. Cuando le preguntaban su opinión sobre esos asuntos, Di Lazio a lo sumo señalaba fríamente algún error de lógica o proponía alguna solución de compromiso sensata. Pero los pocos, muy pocos, que lo oímos hablar sobre Clodio Contra Marcelo sabíamos que debajo de ese traje gris y detrás de esos anteojos gruesos había un volcán. Dudo que los mismos oradores que participaron del juicio hayan hablado con tanta vehemencia del asunto como el autor que estaba escribiendo su Historia dos mil años después. Al oírlo citar algún oscuro documento latino del que no había traducción a ningún

idioma, parecía que en cualquier momento iba a desenvainar una espada para dar más énfasis a sus palabras.

Cuando algún alumno le preguntaba qué opinaba de Marx respondía en tono cortés:

- No he tenido el gusto de leerlo.

Y cambiaba de tema o retomaba lo que estaba diciendo antes como si nada. Tras años de dar la misma respuesta a la misma pregunta, esta se le había vuelto completamente automática. Sin embargo, una tarde, unos alumnos marxistas le dijeron que iban a formar una organización estudiantil "Espartaco" y le preguntaron que le parecía. Horacio Di Lazio respondió:

- ¡Espartaco no fue más que un vulgar bandolero y cualquiera que lo admire, o es un ignorante, o es un completo imbécil!

Para quienes tenían la imagen de Di Lazio como un viejito "filosófico" y tranquilo, esa respuesta les pareció tan fuera de personaje, que no atinaron a decir una palabra. En otra ocasión, Susanita Fernández, del centro de estudiantes, hablando sobre no recuerdo que asunto, dijo que: "... el problema es que vivimos en una sociedad patriarcal". Esa afirmación escandalizó a Di Lazio, quien le respondió:

- ¡Por supuesto que no! – Y añadió: – Lo cual es lamentable, porque, si viviésemos realmente en una sociedad patriarcal, no habría mujeres con peinados ridículos diciendo tonterías en las universidades.

Susanita le respondió llamándolo "fósil" y le dijo que era un "resabio del pasado". Y yo creo que tenía razón. Más aún: creo que tenía más razón de la que ella podía sospechar. Para Susanita Fernández el mundo básicamente había comenzado a existir con la publicación de "El segundo sexo": todo lo que había ocurrido con anterioridad a esa fecha formaba parte de un "antes" indiferenciado, del que ella sólo sabía que le caía mal. Pero Horacio Di Lazio era, en efecto, un resabio del pasado. Era como un inmigrante que lee apasionadamente las noticias de Asia en el Formosa News o el Epoch Times, pero que a lo sumo le da un vistazo indiferente al Clarín o La Nación. Bueno: Di Lazio leía las "Catilinarias" de Cicerón en su idioma original mientras tomaba el desayuno. Ese era su mundo. Esa era su realidad. Ese era su presente.

Fui a su casa una vez. Horacio necesitaba unos libros que estaban en la parte alta de su biblioteca para su ensayo y ya no se animaba a subirse a la escalera. Me ofrecí a bajárselos. El viejo tenía una biblioteca impresionante en su departamento. O, mejor dicho, su departamento era prácticamente una biblioteca, con una cama, una mesa y un par de sillas. Me dio las gracias, preparó un té y me habló con entusiasmo de su investigación: Recuerdo que me dijo que iba a cambiar para siempre nuestra visión de Clodio Contra Marcelo. Ignoro si Horacio era consciente de lo extraordinariamente reducida que era la proporción de personas en el mundo a la que le importaba el asunto, incluso dentro de la ya de por sí pequeña minoría que había oído hablar alguna vez del bendito juicio. Me mostró también algo en Internet. En sí me sorprendió un poco que tuviese computadora. Más todavía que sabía usar programas ajenos a los buscadores comunes.

– La Deep Web es la mayor biblioteca en la Historia de la Humanidad y todo el mundo la usa para ver fotos de ninfas desnudas. – dijo – Podés comprar desde explosivos plásticos hasta una edición de la Guerra de las Galias autografiada por el propio Julio Cesar. – Esas fueron sus palabras, más o menos.

Recomendarle documentales de tv por cable sobre Espartaco para ver su reacción se había vuelto una diversión entre sus alumnos. También, varios empezamos a notar algunas peculiaridades en su modo de hablar. Al explicar las razones de alguna ley romana, hablaba en primera persona diciendo: "nosotros pensamos" o "nosotros creamos esta ley porque...". Dicen que algunas veces se ponía a hablar en latín, pero yo personalmente nunca lo vi hacer eso. Creo que esto es algo que le han inventado.

Su artículo sobre las "El problema de las comunidades aborígenes", el que atrajo la atención del senador Somoza, tuvo tantas correcciones y recomendaciones de su editor que prácticamente fue un escrito en colaboración. Para empezar, el título le pertenece por completo al editor. El manuscrito original de Di Lazio se llamaba: "La relación de Clodio Contra Marcelo y la transformación en el derecho romano que este causó con el actual problema legal de las comunidades aborígenes en la República Argentina". Básicamente, el editor cortó casi toda referencia a Clodio Contra Marcelo y dejó sólo la parte referida a un asunto actual. Pero esto, viéndolo a posteriori, me parece que creó un malentendido trágico entre Di Lazio y Somoza. Somoza, como todo político que sabe que está defendiendo una medida impopular y que representa a una minoría, se interesó en ganar para su causa a voces minoritarias, pero que tuvieran el peso de ser autoridades respetadas en el tema. Así fue a parar al artículo de Di Lazio. Pero a Di Lazio lo único que le importaba realmente era la legislación de Roma. Su mención al asunto de las comunidades aborígenes en Argentina, en el primer borrador de su artículo, había sido un mero ejemplo, un comentario casual y anecdótico. Le importaba tan poco como a Somoza le importaba el juicio de Clodio Contra Marcelo.

Digamos dos palabritas sobre ese juicio. El ahora infame libro de Di Lazio quedó inconcluso. Pero yo le oí hablar sobre el tema varias veces. Foustel De Coulanges dice que la victoria de Marcelo en ese juicio representó, de hecho, la abolición de la institución de la "clientela", o vasallaje de una familia por parte de otra. El 99% de los autores modernos que tocaron el tema (...suponiendo que lleguen a ser al menos 99...), siguiendo muy probablemente a De Coulanges, simpatizan con la causa de Marcelo y ven en ese juicio alguna clase de "progreso social". Horacio Di Lazio, en cambio, se ponía de parte de Clodio. Y, cuando digo que "se ponía de su parte" no estoy hablando en sentido metafórico. Su libro era básicamente un alegato en defensa de su posición. Si Clodio lo hubiera contratado como abogado, por ahí ganaba. Di Lazio, lejos de considerar la victoria de Marcelo un "progreso" que deba ser celebrado, veía en ella una muestra inconfundible de la decadencia de las leyes de la República y el primer paso que llevó a su caída definitiva y a la formación del Imperio. "Clodio tenía la ley de su parte. Una ley muy mala e injusta, sí, pero la ley. La victoria de Marcelo creó una jurisprudencia que contradecía de modo explícito la ley. En adelante, había de hecho dos sistemas de leyes mutuamente contradictorios que legislaban sobre un mismo asunto". Y acá es donde menciona a la pasada el tema de las comunidades aborígenes: que, según él, estaban en el mismo caso. Somoza citó una línea de su artículo en un discurso en el Congreso. Poco después, Di Lazio

recibió una invitación de su partido a hablar en el Congreso en calidad de "experto asesor". Tenía tres semanas para prepararse.

Esas semanas fueron realmente extrañas. Tras pasar días enteros leyendo sobre el tema, calificó a las leyes vigentes como "aberraciones", "monstruosidades deformes", y otros epítetos similares. Lo más extraño fue quizás verlo involucrarse apasionadamente en un asunto contemporáneo. Para Horacio no había dudas: La figura legal de la "comunidad aborigen" debía ser derogada. En sus clases daba discursos de barricada sobre el tema y elogiaba a Somoza de un modo que le hubiese sonado como la más servil adulación a cualquiera que no conociera a Di Lazio. Recuerdo que una vez lo llamó "un Bruto de nuestro tiempo". No necesito aclarar que estos comentarios enfurecieron a buena parte de sus alumnos como Susanita Fernández. Horacio faltó a la mayoría de las clases en esas semanas y, a las pocas que fue, lo hizo sin tener nada preparado. Su cuidado personal declinó igualmente: a veces estaba visiblemente mal afeitado, o con su ropa sucia. ¿Estaba loco? Quizás. Aunque yo no afirmaría esto con la misma ligereza con que lo hacen otros.

En el Congreso, sólo lo hicieron pasar por un detector de metales por rutina. Había disimulado el detonador en un encendedor y, el cable, en el auricular de un MP3. El chaleco con el C4 lo tenía puesto debajo de la ropa. Sabía que el plástico pasaba sin problemas el detector de metales. Sólo tuvo que ir cinco minutos al baño para conectar el cable y el detonador a los explosivos. Cuando la presidente de la cámara lo invito a hablar, los senadores presentes en el recinto semi-vacío vieron acercarse al micrófono a un anciano encorvado con gruesos lentes de lectura. Mentalmente se prepararon para oír un discurso largo y aburrido sobre el significado exacto de algún concepto técnico legal. En lugar de eso, el licenciado Horacio Di Lazio se acercó al micrófono y gritó:

– ¡Viva la república! ¡Viva Roma! ¡Vivan los sagrados tiranicidas!

Sacó del bolsillo de su chaqueta lo que parecía un encendedor y pulsó el botón.

VII

Las colegialas.

Nuestra ciudad siempre fue una sociedad muy abierta, que no sólo recibe con los brazos abiertos a gente de todas partes, sino que está formada por completo por inmigrantes y descendientes de inmigrantes. Esto es, de hecho, algo de lo que estamos orgullosos: "Los italianos descienden de los romanos, los franceses descienden de los galos, nosotros descendemos de los barcos". Pero, incluso acá, siempre hay una cierta reacción de desconfianza y hostilidad hacia los nuevos grupos que llegan. Es lamentable, pero la gente es así.

Mi primer encuentro con una colegiala fue en 2013. En esa época yo trabajaba en instalar paneles solares y estaba hablando por teléfono con un cliente, diciéndole algo sobre que las energías renovables no sólo son buenas para el planeta, sino también para el bolsillo, y

bla-bla-bla; cuando se me acercó una chica de unos doce años, con una pollera escocesa tirando al azul y corbata del mismo color y me dijo:

– Soy tu amante.

Yo tengo ahora una hija de su misma edad, Teri. En esa época yo era joven, pero ya un adulto. Como se imaginarán, ese comentario me descolocó.

– ¿Dónde están tus padres? ¿Sabés siquiera lo que significa esa palabra? – le dije.

Ella debe haber notado mi enojo y se alejó caminando sin decir una palabra. Le conté a mi cliente lo que acababa de pasar y, para mi sorpresa, él me respondió riendo:

– Bienvenido al club.

Me encontré que Internet estaba llena de anécdotas parecidas. Edgar, uno de los muchachos del gimnasio al que yo iba, había tenido un encuentro similar. En el caso de Edgar, una colegiala se le acercó y le dijo: "Soy tu dominatriz". – Por cierto: en los primeros tiempos, solían presentarse de modos muy diversos, a veces realmente extraños: "Soy tu perrumano", "Soy tu naranjo en flor", "Soy tu cafeína en polvo", por citar sólo algunos casos que escuché. Ahora prácticamente han limitado su repertorio a "soy tu hija" y "soy tu esposa". – Algunas personas decían haber observado desde antes de 2010 grupos de colegialas que les llamaron la atención: cuatro o cinco chicas juntas, todas con uniformes diferentes entre sí, todas completamente serias: con una expresión para nada infantil en el rostro. Algunas personas señalan precedentes anteriores, aunque más dudosos. Muchos señalan que, en el cine y la publicidad, las colegialas se veían más sexis de lo necesario desde hacía décadas. Alguien mostró una portada de la revista "Sputnik" de la década del 70 con el titular: "En la URSS, la única clase privilegiada son los niños". Es llamativo ese uso tan antiguo de ese lema: "La única clase privilegiada son los niños", que hoy está en todos los edificios públicos y programas de televisión. Pero eso fue seguramente una casualidad. Hay consenso en que, aunque las campañas de publicidad hablando en contra de la violencia contra los niños no eran algo nuevo, alrededor de 2010 aumentaron exponencialmente. Yo tuve que hacer un curso obligatorio de "prevención de la violencia contra los niños" para que no me sacaran mi licencia. Qué tiene que ver la violencia contra los niños con instalar paneles solares, no lo sé. Pero lo hice. Además, ¿Cuál es el punto de darnos esos cursos, cuando los medios no hablan de otra cosa todo el día que de la "cultura de la violencia contra los niños" en la que hemos vivido desde siempre? El contenido del curso era lo típico: La historia del sacrificio de Isaac. Las religiones abrahámicas se fundan en la violencia contra los niños y toda nuestra cultura se funda en las religiones abrahámicas, etcétera. No es que haya aprendido algo distinto a lo que dicen el cine y la tv todo el tiempo, o que lea veinte veces al día en Internet. Me parece bien que se cree consciencia sobre esos problemas que antes eran ignorados, pero el asunto se ha vuelto una especie de obsesión. He visto familias completas en la calle, haciendo penitencia de rodillas con letreros colgados del cuello que decían; "Perdón, Isaac". Un asunto sobre el que tuve varias discusiones es que yo creo recordar que el "Día del estudiante" pasó a llamarse "Día de la estudianta y el estudiante" desde antes de que aparecieran las nuevas colegialas; pero otros me dicen que no. Lo que sin dudas fue posterior es que todo septiembre pasó a ser el "Mes de la estudiante" y, después, la primavera entera pasó a llamarse "temporada de la

estudiante".

En Internet había debates interminables acerca de cuál fue el primer programa de tv o película con contenido de colegialas. La discusión era bastante confusa porque muchos no distinguían entre colegialas tradicionales y nuevas colegialas. Algunas personas mencionaban al grupo pop Tatú o películas clase B de Hollywood, pero esas eran claramente colegialas tradicionales. Hay en general consenso en que el cortometraje de Nickelodeon "Schoolgirls rules" (Emitido por primera vez en el show: "Ocho en punto de la mañana", en 2012) es ya un auténtico film de nuevas colegialas.

"Schoolgirls Rules" es un corto donde, a un chico que es víctima de bulling en su escuela por parte de tres compañeros, se le acerca una colegiala y le dice:

– Soy tu mejor amiga.

El chico la mira y le responde:

– Yo no quiero ser tu amigo. Mis padres dicen que las colegialas son tontas. No quieren que te hable.

– Yo sólo soy una chica normal y quiero que me acepten.

– Pues yo no te acepto. Mis padres no me dejan.

El chico se levanta y se va. Entonces llegan los tres bullys a quitarle su dinero, como todos los días. Pero la colegiala lo defiende: Le rompe los brazos y piernas a un bully; derriba a otro, le pone una mano en la boca y le arranca la cabeza desde la mandíbula, haciendo que su cerebro caiga al suelo; persigue al tercero, que intentaba huir aterrorizado, y le aplasta la cabeza contra un muro. El chico exclama entonces entusiasmado:

– Wow! ¡Realmente eres mi mejor amiga! No voy a volver a escuchar a mis padres nunca.

La chica mira a la cámara, con el rostro todavía salpicado de sangre y materia gris, sonríe y guiña un ojo. Fin.

Nickelodeon, según ellos mismos, recibió un record de castas de protesta de padres (algo de lo que parecían estar muy orgullosos). Se quejaban de lo extremadamente violento que era el corto y de lo poco saludable de su moraleja. Yo recuerdo haber leído algún artículo de Pagina 12 con el título: "Nickelodeon criticada por corto anti-bulling", en donde atribuían las críticas a "la creencia de la extrema derecha de que el bulling es algo bueno que forma el carácter", pero no había visto el corto hasta hace poco. En Internet hay teóricos de la conspiración diciendo que los efectos especiales son demasiado buenos para un show de Nickelodeon y afirman que la escena de la masacre es real. La mente de esos tipos funciona así: si filmás en la Luna de verdad, deben ser efectos especiales; y, si filmás un corto con buenos efectos especiales, eso debe ser de verdad.

Varios comentamos la incoherencia de la separación entre colegialas tradicionales y nuevas colegialas, con el mensaje de "Sólo soy una chica normal y quiero que me acepten como tal" que se repite en todas esas ficciones. Yo comenté también la incoherencia entre llenar

Internet de material erótico de colegialas (En 2019 el porno fue prohibido, pero en esa época esos videos eran una sub-categoría de los directorios de porno), a la vez que la "sexualización de las colegialas" era una de las críticas más frecuentes a la cultura de la violencia contra los niños.

La información en Internet es casi totalmente inútil por culpa de las teorías conspiranóicas. Encontré un posteo que contenía alguna información interesante, con el título de "About school girls". El artículo dice que el aspecto físico de las nuevas colegialas varía entre los 10 y los 15 años. Menciona casos reportados de algunas más jóvenes o mayores, pero postula que muy probablemente sean colegialas tradicionales identificadas erróneamente como nuevas colegialas. El atuendo de las nuevas colegialas se compone de 6 prendas visibles (en los comentarios se habló de la ropa interior, pero nadie dijo nada valioso al respecto): mocasines, medias, falda, camisa, corbata o similar y saco. Los mocasines son todos iguales y de color negro; las medias son cortas y blancas y todas las camisas son blancas e iguales entre sí. Todas usan uno de trece peinados posibles. Dos colores de saco, azul marino o púrpura. El saco azul es más frecuente que el púrpura, pero no por mucho: algo así como un 60-40%. El uso o no del saco no guarda ninguna relación con el clima. Las faldas son todas del mismo largo y diseño y vienen en once colores: ocho diseños distintos de tela escocesa y tres colores planos: azul marino, púrpura (el mismo azul marino y el mismo púrpura de los sacos) y verde oscuro. Alguien observó que la tela escocesa está hecha de líneas blancas, negras, azul marino, púrpura y verde oscuro: por lo que todas las prendas se forman por una combinación de sólo cinco colores. La combinación de estas prendas parece ser totalmente aleatoria, salvo porque la tela de las corbatas es siempre la misma que la de la falda. Hay mil teorías conspirativas sobre lo que significan los colores: jerarquías entre ellas, roles sexuales (sic), o que los colores de los uniformes simbolizan alguna clase de "agenda" siniestra. Todas esas teorías ridículas hacen mucho daño. Los uniformes escolares son eso: uniformes escolares. No hay que buscarle la quinta pata al gato.

Y, si algo visible como un uniforme provocaba debates, se pueden imaginar lo que ocurría con algo inmaterial como lo es el carácter. Algunos decían que las nuevas colegialas no tenían diferencias de personalidad (¿hace falta señalar el trasfondo racista de ese "son todas iguales"?), pero esto claramente es falso: Algunas son sociables, otras son indiferentes y ni siquiera les hablan a las personas con las que viven. Algunas son melancólicas e introvertidas. Otras alegres y extravertidas. En fin: son tan diferentes entre sí como cualquier otro grupo de personas.

Edgar dejó de ir al gimnasio. Su dominatriz se lo prohibió. La última vez que fue nos había mostrado las marcas del látigo que ella le hizo: habían cortado la piel y las heridas todavía no habían cicatrizado. Me siento mal por Edgar, aunque la verdad es que, haber creado esa visión violenta del sexo es culpa nuestra: ellas sólo lo aprendieron de nosotros e imitaron lo que nos vieron hacer. No ver más a Edgar me desalentó a mí mismo de seguir yendo al gimnasio. Igual, poco después de que yo dejé de ir, los gimnasios fueron prohibidos.

Algunos padres sacaron a sus hijos de las escuelas y se publicaron muchos artículos en Internet recomendando el "home schooling", pero casi nadie puso en práctica lo que recomendaban esos artículos. ¿De verdad alguien esperaba que, padres que desde hacía años ni siquiera revisaban la tarea que le daban a los hijos en la escuela, se iban a ocupar

por completo ellos de su educación? Según los mass media, las nuevas colegialas se habían integrado perfectamente a las escuelas, los maestros las amaban y los alumnos las admiraban. Muy especialmente los varones estaban muy contentos (Cito un tweet del Clarín: "¿Por qué la mayoría de los chicos prefiere tener como novia una nueva colegiala? Pues, ¿Por qué no? Las colegialas tradicionales son feas, tontas y nadie las quiere. ¡Por supuesto que todos prefieren a las nuevas!"). Pronto las nuevas colegialas ocuparon todos los puestos en los centros de estudiantes, eran abanderadas y representaban a todos los colegios en todas las competencias: incluyendo los deportes masculinos. Supuestamente todos los alumnos estaban muy contentos y orgullosos por esto. Qué tan ciertas eran esas noticias, no lo sé. En Internet circulaban fotos, videos y rumores de que las cosas no eran tan color de rosa dentro de los colegios. Recuerdo un post de alguien que mostró una foto de su hijo con una fractura expuesta en el brazo. Dijo que el asunto comenzó cuando una nueva colegiala se le acercó y le dijo: "Soy tu novia". El chico le dijo que él ya tenía novia y no estaba interesado. "Ahora yo soy tu novia", respondió ella. Tras cambiar un par de palabras más, él le dijo que lo dejara en paz y le dio un empujón: y ahí ocurrió lo de la foto. Ella lo tomó de la muñeca y le rompió el brazo como si fuese una ramita seca. La mayoría de las respuestas se reían de la anécdota y decían que su hijo se lo merecía por "bully". El padre perdió la cabeza, los insultó a todos y dijo que: "Esa cosa casi le arranca un brazo a mi hijo". "Ya veo a quien sale el hijo", dijo alguien, comentario que tuvo miles de likes. Personalmente, yo creo que el chico hizo mal en empujarla, eso sin dudas; pero el problema con esas reacciones desmedidas es que les dan pretextos a los promotores de la violencia contra las niñas. Muchos usaron esa foto como excusa para promocionar su discurso de odio en Internet. Por cierto: El padre del chico estaba exagerando; su hijo se recuperó bien de la fractura y sólo le quedó el dedo meñique rígido como secuela.

Nancy era mi mejor amiga, casi una hermana, pero se metió con esas teorías conspirativas locas de fanáticos religiosos que inundaban la Internet y me fui alejando de ella. Yo me crie con dos hermanas mayores y una madre divorciada. Las amigas de mis hermanas me buleaban bastante, salvo Nancy. Creo que ella estuvo enamorada de mí en algún momento, pero perdió las esperanzas. Una colegiala le dijo un día: "Soy tu hija". La chica parecía tener unos catorce años, por lo que ella se resignó a criarla como su hija hasta que cumpliera los dieciocho. Aunque quiero mucho a Nancy, tengo que decir que ella nunca le demostró el menor amor a su nueva hija. Un día me dijo en voz baja: "Han pasado más de dos años y está exactamente igual que el primer día que la vi. Estos demonios no crecen nunca. Nunca va a tener dieciocho. Nunca me voy a liberar de ella. Nunca voy a poder tener una familia de verdad". Creo que esa fue la última vez que hablamos en persona. Nos escribimos por e-mail cada tanto. A Nancy le dio por la religión y la teoría conspirativa de los "demonios". Creo que a esta altura todos ya nos las sabemos de memoria: demonios, reptiles disfrazados con piel humana, robots sexuales convertidos en máquinas de guerra y, por supuesto: ALIENS! Las religiones y las armas fueron prohibidas para frenar la propagación de esas teorías locas, pero siguen siendo un problema. A ver: Todo grupo humano ha tenido algunas dificultades para integrarse. Eso no es nuevo. Pero esas ideas extremistas no hacen ningún bien a nadie. Hasta había quienes decían que la leyenda de las hadas era un testimonio de que estos seres habían estado entre nosotros durante siglos. Yo mismo seguía a "Ancient Schoolgirls", un canal conspiranóico de YouTube que trataba ese tema, no porque creyera en lo que decía, sino porque me parecía divertido.

Pat fue la última amiga con la que seguí en contacto. Patricia, Pat para los amigos, era médica. Pedro, su marido, no me agradaba y yo no le agradaba a él, pero no me consideraba una amenaza y no le prohibía a Pat hablar conmigo. Yo era su único contacto con el lado masculino del mundo, inmune a los celos de su esposo. Una vez a la semana nos tomábamos un café en el MacReady y conversábamos. Pat no llegó a meterse de lleno con teorías conspirativas, pero varias veces tuvimos conversaciones que iban en esa dirección:

– 13 de febrero en el Hospital Churruca: ese fue el último parto registrado. – Dijo.

– ¿Y eso que significa? – Pregunté, viéndome venir una conversación acerca de los reptilianos y la Tierra plana.

– No dije que signifique nada. Señalo un hecho objetivo: Hace más de cinco meses que en Buenos Aires no hay ningún nacimiento.

– La gente tiene menos hijos que antes. Eso no es una novedad.

– No hablo de "menos". Hablo de cero nacimientos. Ce. E. Erre. O.

Los "hechos objetivos" son el disfraz favorito de los teóricos de la conspiración.

Pat y su esposo tenían dos hijos. Su familia fue splintada. La splintación es una nueva política por medio de la cual una familia se transforma en dos. Su propósito, según el general Owen, el presidente de facto, es "la optimización de los recursos tanto humanos como inmobiliarios". Cuatro colegialas se presentaron en su casa: Dos se quedaron a vivir con Pat y uno de sus hijos; las otras dos se llevaron a su esposo y su otro hijo con el automóvil de la familia.

Pat me contó lo horrible que era su vida con su nueva esposa e hija. Yo le respondí que estaba exagerando. Que Pedro era un abusador y que todo cambio iba a ser necesariamente para mejor. Ella se arremangó la blusa y me mostró los moretones que tenía en el brazo: parecían marcas de dedos, pero de dedos de una mano que apretaba con la fuerza de una morsa. Pat contuvo el llanto y, con una mirada en que se superponían la repugnancia y el odio, me dijo:

– Vos no tenés idea de las cosas que me obliga a hacer ese monstruo.

Su actitud cambió, sin embargo, cuando su familia fue splintada por segunda vez. Otras cuatro colegialas tocaron el timbre de su casa: una se quedó a vivir con ella y las otras tres se llevaron a su hijo. Oyó que él preguntaba en el pasillo si se podía despedir de su mamá. "Nosotras somos tus mamás", le respondieron. Nunca supo más nada de él. En este caso, fue Pat la que no tuvo más interés en seguir hablado conmigo y perdimos contacto. Me la crucé tiempo después en el supermercado del chino. Tenía los ojos brillantes, no sé si por haber estado llorando o por el alcohol, a pesar de que no eran ni las diez de la mañana. Me saludó muy alegre. Me llamó la atención verla vestida con un equipo de jogging y el pelo atado con una banda elástica. Pat siempre había cuidado mucho su aspecto y vestido de modo muy elegante. Y toda su vida había usado polleras, que yo recuerde. Las compras de rutina parecían ser ahora para ella una experiencia fascinante, por el entusiasmo con que me hablaba de lo que llevaba en el carrito de las compras:

– 9 sobrecitos de golosinas para gatos. Tres para cada una. A las chicas les encantan estas cosas. Pan y fiambre para mí... y ese es el postre. – Dijo, señalando tres botellas de vino tinto.

– Hacía rato que no te veía. – Dije.

– Salgo poco de casa. Ya no trabajo. Los hospitales se cerraron. Pero yo cobro una pensión doble por ser de familia dos veces splintada. Cobramos también un subsidio por pareja del mismo sexo, otro por jefa de hogar mujer y dos becas estudiantiles. Estoy bien. No me falta nada. Mi nueva familia no es perfecta, pero tiene sus cosas buenas... como, por ejemplo: ¡las orgías! Eso es algo que te puedo asegurar que voy a extrañar, si algún día las cosas vuelven a ser como antes. Quizás hasta te invitamos algún día: las chicas tienen algunas costumbres que a vos por ahí te gustan. – Se rio de la idea, cubriéndose la boca con la mano – Además, como vos dijiste, Pedro era un abusador. No hacía más que celarme. Ahora estoy mucho mejor.

– Estás... bebiendo un poquito de más, ¿no te parece?

– Mi psiquiatra dice que tengo un "problema de adaptabilidad" y me recetó unas píldoras de adrenocromo para eso. Pero, ¿Por qué probar algo nuevo y experimental, cuando el vino es el solucionador de problemas de adaptabilidad de eficacia más demostrada en la Historia?

Creo que no volví a ver a Pat desde ese día. Espero que haya podido superar sus problemas y esté mejor. Creo que Pat sufría de lo que Woody Allen llama "El mito de la Edad de Oro": ante cualquier pequeña frustración que uno pueda tener en su vida actual, se escapa añorando un pasado idealizado que, en realidad, nunca existió.

Yo ahora estoy trabajando en una fábrica de cemento. Estamos trabajando día y noche para enviar cemento a la Antártida, para la construcción de lo que los teóricos de la conspiración llaman "La torre de Babel". Nadie sabe para qué sirve, salvo porque implica una cantidad ridícula de cemento y una cantidad igualmente ridícula de hidrógeno líquido. A mí me importa un bledo para que sirva: el sueldo en la fábrica es bueno. Algo que nadie discute que ha cambiado para mejor es que ahora tenemos electricidad gratis: gracias a las centrales nucleares que se construyeron por todas partes. Esto, por supuesto, fue el fin de los paneles solares. Pero en la fábrica estoy bien. Nancy me dijo que está trabajando en una fábrica de cinturones de castidad masculinos. Me escribió hace poco que también le diagnosticaron problemas de adaptabilidad, pero que está tomando unas píldoras azules que la hacen sentir mejor.

Dos meses atrás, yo estaba sentado en mi sofá viendo ese concurso de bailes eróticos y striptease que sigue todo el mundo (Mi favorita es la chica de pollera escocesa verde. No recuerdo cómo se llama), cuando me tocaron el timbre. Me levanté y abrí la puerta: Era la misma colegiala que vi por primera vez, la que me dijo que era mi amante. Seguía teniendo el mismo aspecto físico y el mismo uniforme. Sé que no puede ser la misma: pasaron casi diez años entre el primer encuentro y el segundo. Pero sí estoy seguro de que tenía el mismo uniforme.

– Soy tu hija. – Me dijo.

Traté de cerrarle la puerta en la cara de un portazo. No estoy orgulloso de esa reacción: fue un reflejo espontaneo. Teri detuvo la puerta con su mano. Quiero decir: Yo soy un hombre adulto con una musculatura superior al promedio, y esta criatura de doce años detuvo la puerta con una mano, sin el menor esfuerzo y sin demostrar dolor. Teri entró, se sentó en el sofá y puso el Disney Channel. Estaban pasando una maratón de "School is cool", su show más popular según Rotten Tomatoes. Casi todo el contenido de la tele es ahora material relacionado a colegialas.

– Tengo hambre. ¿Me preparás la merienda, papá? – Dijo.

Yo fui a la cocina un poco en shock. Le preparé una leche chocolatada y abrí un paquete de galletitas Skrull con chips de chocolate, que puse en un plato. Mientras hacía estas tareas me fui relajando. Sabía que no tenía caso resistirse. Pero, además, ¿Qué chances tenía un hombre como yo de formar una familia? ¿De tener un hijo o una hija biológica? ¿Es la biología algo tan importante o son los vínculos que establecemos con otras personas los que forman realmente una familia? ¿Qué otra cosa significa ser padre sino ser llamado "papá"? Me preparé un té con leche para mí y pregunté en voz alta desde la cocina:

– ¿Cómo te fue en la escuela hoy?

VIII

Prejuicios.

En mi pueblo natal solían tener el prejuicio de que las flores amarillas eran tóxicas. Esta superstición estaba muy extendida: Tan pronto como un pueblerino veía una flor amarilla, se apresuraba a arrancarla con temor. Tras lo cual se lavaba las manos para "purificarse". Costó mucho convencerlos de abandonar ese temor y muy lentamente se empezaron a ver algunas flores amarillas en algunos jardines. Los dueños de esos jardines heterodoxos eran objeto de insultos y amenazas: se señalaba que, donde había una flor amarilla, el pasto dejaba de crecer a su alrededor o que aparecían animales muertos como una "prueba" de qué la flor era tóxica. El prejuicio infundado contra las flores amarillas recobró fuerzas cuando los hijos de una familia cuyo jardín estaba lleno de flores amarillas enfermaron y murieron de causa desconocida: Esto fue incluso tema de un sermón dominical, donde el sacerdote acusó a los padres de irresponsables y dijo que las flores amarillas habían sido la causa de esas muertes. Ese discurso irracional y sus acusaciones sin fundamentos terminaron en una turba de fanáticos religiosos que quemó el jardín de esa casa y continuó destruyendo flores amarillas por todo el pueblo. Pero ya no había vuelta atrás: las flores amarillas no solo volvieron, estaban en todas partes. Los prejuiciosos seguían existiendo, pero nadie les prestaba atención. Puedo decir con orgullo que, como dueño de la única editorial del pueblo, logré parar la publicación de algunos artículos prejuiciosos, donde pretendían demostrar que las flores amarillas eran tóxicas. La realidad era que el prejuicio en contra las flores amarillas ya había desaparecido hasta tal punto que, cuando ocurrió la peste del año siguiente, en la que murió un tercio del pueblo, a nadie se le ocurrió acusar

infundadamente a las flores amarillas de ser su causa. Hoy, ese pueblo fantasma cubierto de flores amarillas, evitado por los viajeros y por los animales silvestres, se yergue como un monumento al triunfo de la luz de la razón sobre la oscuridad de los prejuicios.

IX

La colonia.

Todos los animales siempre sintieron envidia y admiración por la sociedad de las hormigas. Tras muchos años de estudiar esa sociedad, un viejo búho convenció a miles de animales de crear su propia colonia. Él y su hembra sería considerados padres de todos los habitantes. Estos se dividieron en cuatro castas: exploradores, obreros, soldados y sirvientes de la pareja real y sus crías. Las aves explorarían en busca de pastos y animales muertos para traer a la colonia. Hay que reconocerles que, en esto, eran más eficientes que sus equivalentes de los hormigueros. Las ovejas y otros herbívoros los traerían a la colonia y culturarían, bajo tierra, los hongos que les servirían en adelante de alimento a todos. Lobos, coyotes, leones y otros carnívoros ahora serían los guardianes de sus antiguas presas y valientes defensores de la colonia. Un grupo de amorosos cuidadores se ocuparían de las crías, que serían criadas de modo colectivo.

El primer problema mayúsculo se presentó ya los primeros días: Los hongos que supuestamente deberían comer todos eran una porquería. Quienes realmente intentaron vivir de ellos, murieron intoxicados o de hambre en las primeras semanas. Las aves que salían a explorar aprovechaban esos vuelos donde no estaban bajo la vista de nadie para cazar insectos y gusanos. Los herbívoros-obreros comían el pasto que debían traer a la colonia. Los chacales y otros carroñeros se abalanzaron violentamente sobre los animales muertos que habían encontrado en el bosque. El búho rey siguió el consejo de tolerar esa actividad ilegal, siempre y cuando algún pasto y alguna carroña se siguiera trayendo a la colonia y usado para cultivar hongos. Una abundante propaganda mostraba el "mercado negro del pasto" como un resabio del "viejo régimen" que se negaba a desaparecer. Se censuraba a quienes recurrían a él como "viciosos" que satisfacían un lujo superfluo fuera del sistema normal de alimentación de la colonia. Lo cierto es que el "mercado negro" era el único mercado. Los herbívoros conseguían todos sus alimentos allí y sólo se tragaban los hongos oficiales cuando la única otra opción era morir de hambre. Más grave fue el problema con los depredadores. Estos ni siquiera intentaron probar los hongos. Los primeros días se turnaron para salir a cazar animales que no eran miembros de la colonia. Pero la colonia era estática y un depredador necesita seguir a sus presas. Pronto no hubo ningún animal tan tonto como para acercarse a la colonia. Sus deberes como guardianes de la colonia les dieron nuevas oportunidades: cuando alguna oveja se perdía, salían a buscarla. Nunca la encontraban. Después empezaron a salir a buscar ovejas antes de que se perdieran. El descontento con la colonia creció y los depredadores debieron ejecutar a numerosos sediciosos y desertores. En esos años tuvieron más carne de la que pudieron soñar antes de que existiera la colonia. El búho sabía que sin guardianes no había colonia y les consintió cualquier cosa. La mayoría de los padres aceptó primero entregar a sus crías a la educación colectiva, pero, viendo la apatía de los cuidadores encargados de esa tarea,

intentaron recuperarlas y criarlas ellos. A la mayoría se lo consintieron, dado que el sistema de cría colectiva había sido el peor fracaso de la colonia (los criadores y sirvientes de los búhos, quienes vivían bajo tierra todo el tiempo, eran los que más difícil tenían conseguir comida de verdad), pero de modo oficial todas las crías en la colonia eran hijos de los búhos. La escasez de desertores y sediciosos hizo que muchos depredadores se ofrecieran como voluntarios para cuidar las crías colectivas. A pesar de esos amorosos servicios, la mortandad infantil en la colonia aumentó de modo dramático. Pronto los únicos cuidadores eran depredadores. Pero esto no fue lo que causó la caída de la colonia. Un nuevo búho real, que había nacido bajo tierra y creía de verdad que todos los animales de la colonia eran sus hermanos, y que todos vivían de los hongos que cultivaban las obreras, anunció que estaba dispuesto a acabar de una buena vez con el mercado negro del pasto. Nadie prestó atención a su discurso. De hecho: todos lo aplaudieron. Porque esos discursos contra el mercado negro eran rutinarios. El problema fue que el nuevo búho hablaba en serio. Los herbívoros empezaron a ser vigilados mientras recolectaban pasto. Todo el pasto recogido era usado para cultivar hongos. Ningún herbívoro podía comer otra cosa. Los primeros días, todos tenían miedo de huir, porque sabían que los depredadores saldrían a cazarlos, y prefirieron comer los hongos. Finalmente, el hambre y la desesperación los volvieron valientes. Empezaron a huir en masa. Los depredadores salieron a cazarlos, pero eran tantos que no podían matarlos a todos.

Cuando desertó el último rebaño, los carnívoros se comieron a las últimas crías que quedaban en la colonia. Los búhos huyeron volando. Las distintas especies de depredadores nunca habían tenido más que una tregua entre sí; por lo que, después de la huida de los búhos, se mostraron los dientes mutuamente y se separaron en manadas; cada especie por su lado. Cada manada de depredadores se dedicó a buscar donde pastaba un rebaño de herbívoros y se puso a cazar.

X

El hombre-sándwich

El hombre-sándwich apareció un día caminando en la plaza del pueblo con sus dos pizarras colgando de los hombros, una por delante y otra por detrás. Su aspecto era tan ridículo que todo el mundo habló de él por varios días. Pero esto fue algo bueno, porque lo que él buscaba era precisamente llamar la atención.

El negocio era simple: algún comerciante del pueblo le pagaba unas monedas para que recomendara su comercio. Sus pizarras decían cosas como: "Buenos días, caballero. Si busca unos buenos zapatos, diríjase a la zapatería en la otra cuadra". Pronto se dio cuenta de que usar términos como "caballero" o "señorita" a veces era un problema: porque algunos productos no estaban dirigidos a clientes de un sexo o edad específicos. Por otra parte, el hombre-sándwich debía corregir el saludo de "buenos días", "buenas tardes", según la hora del día. Finalmente decidió obviar todas las normas de cortesía y escribió: "Si busca unos buenos zapatos...". Algunas personas encontraron esto extremadamente rudo y lo increparon con preguntas como: "¿A usted quién le dio confianza?" Pero finalmente todo el mundo se acostumbró al hombre-sándwich y su extraño modo de hablar. El problema fue

que, como la gente se acostumbró a él, le dejó de prestar atención: y que le prestasen atención era clave para su negocio. Entonces el hombre-sándwich pensó una nueva estrategia: empezó a escribir las noticias en la parte superior de su pizarra, para que la gente leyera la publicidad de la zapatería del pueblo. Así que se iba todas las mañanas a leer el boletín oficial, anotaba las noticias más importantes y las escribía en sus pizarras. Pronto todo el mundo se acostumbró a leer las noticias en el hombre-sándwich y dejó de prestarle atención al boletín oficial.

El hombre-sándwich empezó a seleccionar las noticias más entretenidas para que la gente mirase la publicidad. Pronto se dio cuenta de que las noticias sobre visitas diplomáticas e inauguraciones de obras públicas, que llenaban buena parte del boletín oficial, no le interesaban a nadie. El siguiente paso fue obvio: el hombre-sándwich empezó a escribir en sus pizarras noticias que no estaban en el boletín oficial: chismes del pueblo, resultados de deportes, la cartelera del cine, etcétera. A veces el hombre-sándwich difundía alguna noticia que el boletín oficial había censurado. Otras veces escribía sus opiniones personales en lugar de las noticias. La gente empezó a considerarlo una fuente de información más confiable que el boletín oficial. Surgió una falacia de autoridad: "El hombre-sándwich lo ha dicho". La gente se empezó a burlar de quienes contradecían al hombre-sándwich, considerándolos unos locos, sin importar las evidencias o los argumentos racionales que aportaran en favor de sus puntos de vista. Los jóvenes tomaban sus valores y sus objetivos en la vida del hombre-sándwich, como antaño lo hacían de los sermones religiosos o de las enseñanzas de sus mayores. Los candidatos a alcalde del pueblo contrataban al hombre-sándwich para hacer publicidad de su partido. Cuando se dieron cuenta de que el candidato que tenía al hombre-sándwich de su parte ganaba de modo invariable, acordaron compartir la publicidad del hombre-sándwich por partes iguales. Los debates en las pizarras del hombre-sándwich fueron cuidadosamente estudiados por los asesores de campaña: se dieron cuenta de que la gente tendía a votar por el candidato cuyas palabras se citaban en la pizarra delantera, más que por el que tenía la pizarra trasera. Se abstrajeron otras muchas reglas por el estilo. Cada uno buscaba sacar el mejor partido de la institución del hombre-sándwich.

El hombre-sándwich empezó a citar de modo tendencioso las palabras de los candidatos, mentía descaradamente contra los candidatos que le caían mal, ocultaba las noticias que perjudicaban a su candidato. Pero, un día, en contra de todo lo esperable, ganó el candidato que iba en contra del hombre-sándwich. El hombre-sándwich ignoró por completo el resultado de las elecciones y anunció que su candidato favorito era el ganador. La gente del pueblo estaba muy confundida. Era gente que tenía un gran respeto por la democracia, pero contradecir lo que decía el hombre-sándwich le provocaba una gran perplejidad. Se habían acostumbrado a considerar que "la realidad" no era lo que veían con sus propios ojos, sino lo que leían en las pizarras del hombre-sándwich. Finalmente, alguien dijo:

– El resultado de las elecciones es irrelevante. Las elecciones son sólo un trámite. Lo que importa realmente es el resultado anunciado por el hombre-sándwich.

Todos estuvieron de acuerdo con él. El hombre-sándwich pasó a ser entonces la nueva forma de gobierno.

XI

Terraplanismo

A mediados del siglo XX, que alguien creyera que la Tierra era plana era simplemente inimaginable. Con la llegada de la Internet, se empezaron a crear foros terraplanistas. Cuando la web se expandió, aparecieron canales de YouTube, se organizaron conferencias, se publicaron libros. Mucha gente se anotició de que existía una minoría de chiflados que creían que la Tierra era plana. Así que se crearon más canales de YouTube y se publicaron más libros en contra del terraplanismo. Burlarse de los terraplanistas se puso de moda: junto a los videos "refutando" el terraplanismo, se escribieron artículos de prensa dando una "explicación psicológica" de por qué había gente que creía que la Tierra es plana, se hicieron videos musicales, etcétera. Por cierto: los argumentos de los "refutadores de terraplanistas" eran tan malos como los de los terraplanistas mismos; pero a nadie le importaba. Todo el mundo sabía que la Tierra no era plana y que los refutadores de terraplanistas representaban la voz de "La Ciencia". Cuando alguien les señalaba sus brutales errores astronómicos, geométricos, históricos, físicos o de perspectiva; bastaba con acusarlo de "terraplanista" y burlarse de él por no creer en La Ciencia.

La moda pasó y, a principios de los 2020's, una encuesta mostró que alrededor del 10% de los adultos en Norteamérica creía que la Tierra era plana. Ya no era una minoría de chiflados de la que todo el mundo se burlaba: eran gente normal con la que el resto trataban a diario. Hubo que aceptar que eso existía y ya. Todo el mundo siguió con sus vidas como si nada. Tanto el terraplanismo como el anti-terraplanismo pasaron de moda. Se seguían haciendo videos "demostrando" que la Tierra es plana y "refutándolo", pero casi nadie les prestaba atención. Al menos había una cosa en la que todo el mundo estaba de acuerdo: cada cual tenía derecho a creer que la Tierra tenía la forma que le pareciera y se debía respetar su libertad de pensamiento.

Tras unos años de silencio, los medios de prensa se empezaron a ocupar del terraplanismo y de los terraplanistas de nuevo, pero su actitud había cambiado: Invitaban a un terraplanista a explicar su punto de vista y los entrevistadores eran respetuosos y lo escuchaban con atención. Se organizaban debates entre terraplanistas y terra-esferistas, presentando ambas hipótesis como igualmente científicas e igualmente válidas. Quienes se negaban a debatir con los terraplanistas, considerándolo una pérdida de tiempo o una forma de legitimar una pseudo-ciencia, eran acusados de intolerantes, fanáticos y dogmáticos.

El terraplanismo se volvió una moda. Se filmaban películas terraplanistas, la mitad de las canciones de moda tocaban el tema de la Tierra plana. Todas las estrellas del cine y la televisión decían ser terraplanistas. Un argumento frecuente de los viejos anti-terraplanistas de YouTube era que los terraplanistas negaban La Ciencia en nombre de una interpretación literal de textos religiosos (en lo cual, para ser justos, tenían parte de razón); ahora, en cambio, eran quienes negaban que la Tierra fuese plana los que eran acusados de ser "fanáticos religiosos que se oponen al progreso y a La Ciencia". Los divulgadores de La Ciencia empezaron a hacer videos explicando las pruebas de que la Tierra es plana. Arrojaron su "Trap del terraplanismo" a la misma fosa abisal en donde están sus videos de "El único virus peligroso es tu machismo". Ante los comentarios de que ellos antes

defendían la Tierra esférica, respondían que "La Ciencia avanza: antes se creían muchos errores que ahora se han corregido". Incluso quienes no creían que la Tierra fuese plana, creían que el terraplanismo era algo bueno para la sociedad. Hasta los más apáticos al menos ponían una Tierra plana en su perfil de Twitter durante el Mes de la Tierra Plana.

El Terraplanismo se empezó a enseñar en las escuelas: primero como una alternativa, después se prohibió la enseñanza de la teoría de la Tierra esférica. Todos los libros y películas previos se reinterpretaron para mostrar que "el terraplanismo, en realidad, siempre había existido: lo que no existía era libertad". Todos los cineastas decían en sus entrevistas que, aunque sus películas aparenten tratar de un dildo psicópata que apuñala gente por la espalda, en realidad no tratan de otra cosa que de la Tierra plana: "Lo que pasa es que en esa época no había libertad para decirlo claramente". Los niños aprendían en la escuela que todos los grandes científicos y filósofos, todos los artistas y todos los héroes nacionales de la Historia habían sido terraplanistas en secreto. Los medios de prensa informaban a diario sobre la "violencia terra-globalista": No había día en que no ocurriese un homicidio, atentado terrorista, tiroteo, sabotaje o alguna desgracia cualquiera vinculada a la creencia en que la Tierra es esférica. Finalmente, la mayoría estuvo de acuerdo en que el terra-esferismo no podía seguir siendo tolerado.

Se quemaron todos los libros que defendían que la Tierra es una esfera. Los padres que les decían a sus hijos que la Tierra es esférica podían perder la custodia de los niños. Decir en público que la Tierra es esférica podía enviarlo a uno a un campo de concentración (que, por razones históricas, se seguían llamando "hospitales").

Desde luego: la realidad no dejó de existir y nunca dejó de haber gente que notaba que la realidad seguía estando ahí. Cada tanto aparecía alguien diciendo: "Estamos todos de acuerdo en que la Tierra es plana, pero el hecho de que las estrellas aparenten girar en un sentido en el norte, y en el sentido opuesto en el sur, es algo que necesita una explicación". Todo el mundo escuchaba esas declaraciones con una mueca de asco, considerando que su autor debía ser un "terra-esferista de closet", y las olvidaba de inmediato apenas oírlas.

XII

Cuando buscás en Google entrevistas a una estrella de cine a lo largo de los años.

Periodista: – La película que protagonizás, “Fart noices”, está siendo un éxito que superó todas las expectativas. ¿Qué le dirías a la gente que todavía no la vio?

Estrella: – Que no se la pierdan. Es una comedia muy divertida. Diversión para toda la familia. Ideal para apagar el cerebro un rato y disfrutar con un balde de pochoclos en la mano.

CINCO AÑOS DESPUÉS

P: – ¿Cómo es tu vida ahora, que ya te acostumbraste a la fama?

E: – Bueno… He estado filmando dos películas al año; todas comedias bastante parecidas entre sí. Una colección de clisés. Y temo haberme quedado encasillado. Quiero hacer algo más serio esta vez y por eso voy a protagonizar “Nazis were bad”, de un director famoso.

P: – O sea: ¿Querés evitar los clisés… y vas a filmar una película sobre el Holocausto para que te tomen en serio?

E: – Sí. Eso dije.

OTROS CINCO AÑOS DESPUÉS

P: – Después de ganar el Oscar por “Nazis were bad”, tu carrera ha sido un poco errática. ¿No te parece? La gente ya no te considera un actor de comedia ligera, pero los estudios tampoco saben qué hacer con vos. No voy a mencionar “Fart noices”, porque amenazaste con matar a mi perrito si lo hacía, pero, ¿No has pensado en volver a la comedia?

Digo: a pesar de que compraste cada copia que pudiste encontrar de esa película y las pusiste en el punto-cero de una prueba nuclear, sigue teniendo una base de fans que todavía espera una segunda parte.

OTROS DIEZ AÑOS DESPUÉS

P: – Un gusto volver a verte después de tanto tiempo. Mucha gente pensaba que estabas retirado o incluso muerto. “Life is a fucking comedy” fue un éxito de crítica notorio, aunque no le fue muy bien con el público. ¿De qué trata la película?

E: – Es acerca de un actor famoso que filmó en su juventud una estúpida comedia para adolescentes borrachos con el IQ de una mosca. Y acerca de cuanto odio… odia él esa estúpida, maldita, película. Por lo que busca el modo de viajar en el tiempo y asesinarse a sí mismo antes de filmarla.

OTROS DIEZ AÑOS DESPUÉS

E: – Bueno… las cuentas no se pagan solas, ¿Sabés? Muy especialmente si tenés más divorcios que Oscars. Así que lo llamé al director y le dije: ¿Qué te parece si filmamos una “Fart noices 2”?

XIII

La revolución.

Me uní a la Revolución, como muchos otros miles de hombres jóvenes, porque era un modo fácil de tener sexo. Muchas chicas, por su parte, se unían a La Causa para tener una excusa socialmente aceptable para prostituirse. La Revolución era, en cierto sentido, la nueva orgía sagrada: Así como los devotos de Ishtar o Baco en la antigüedad consideraban

que todo tabú sexual quedaba abolido durante las fiestas sagradas, todo adepto revolucionario consideraba todo tabú sexual como una forma de opresión impuesta por el régimen vigente: régimen que estaba en visible decadencia y a punto de caer. Así, la promiscuidad y las perversiones eran legitimadas y reivindicadas como actos revolucionarios en sí mismos: eran un desafío al orden establecido, una "insurrección en las sabanas", como la llamó una destacada vocera revolucionaria. Lo cierto es que, dentro de las filas del Partido, se hablaba de este tema con cierto cinismo. El modo en que los dirigentes de rango medio hablaban de "sus chicas" no era muy distinto al de cualquier otro proxeneta y el asunto de la "militancia erecta" se llegó hasta a comentar en público. Pero esto no quiere decir que no estuviésemos todos convencidos de la Causa o que no creyésemos realmente en la abolición de todos los tabúes sexuales del Viejo Orden.

Como sea: una vez que uno estaba dentro del Movimiento, el sexo y la diversión quedaban reducidos a muy poca cosa: las fiestas se parecían más a reuniones de compañeros de oficina que no a bacanales desenfrenadas. Repartir folletos, crear material en Internet o enlistar nuevos adeptos eran actividades que ocupaban casi todo el tiempo. Era un trabajo. Un trabajo no pago y en el que cualquier baja en la producción era interpretada como una baja en la lealtad a la Causa Revolucionaria. Uno no podía tomarse el día por enfermedad ni, a veces, para asistir al velorio de un amigo o familiar que no formase parte del Movimiento. La lealtad era puesta en duda todo el tiempo. Por eso, todos debían hacer demostraciones teatrales de una devoción extrema todo el tiempo. Al cabo de meses de fingir continuamente ser un fanático, muchos se convertían en fanáticos reales. No puedo decir que porcentaje exacto de los que fingían estar fanatizados lo estaban realmente. Muchos de los que parecían estar verdaderamente convencidos eran en realidad sólo buenos actores.

Pero hay al menos un caso donde la verdadera convicción era indudable: las bombas suicidas. Que fueron exactamente catorce en nuestra revolución: dos más que en la revolución siguiente, aunque tres menos que en la anterior. El Día de la Revolución, la división de explosivos de la policía montaba una cúpula de acero en el mediocampo del Estadio Central (con capacidad para trescientas mil personas, sin contar el propio campo de juego) y proveía a las bombas suicidas con chalecos explosivos estandarizados; pues los chalecos explosivos caseros se consideraban peligrosos y estaban prohibidos. El detonador electrónico no se activaba hasta que la bomba suicida estuviese segura dentro de la cúpula. Allí, solía dar un discurso antes de activar el detonador. Los discursos demasiado largos o melancólicos solían ser abucheados por el público. Las gradas se llenaban de pancartas de: "No me cuentes tu vida, crac". En cambio, los discursos breves y explosivos, terminados con una detonación que funcionaba como un signo de exclamación añadido a la última frase, eran ovacionados. La policía también intentó, sin mucho éxito, lo que llamaron "deslocalizar la orgía" que seguía de modo invariable al triunfo de toda revolución. Más de cien mil hombres en el Estadio Central, a diez centímetros cúbicos por hombre, hacían un total de unos mil litros de semen que, según las autoridades, representaban un riesgo sanitario importante. Nadie les hizo caso. Al final, se limitaron a hacer campañas de publicidad recordándoles a las mujeres tomar su píldora anticonceptiva.

La "píldora", por cierto, había sido el emblema de una de las primeras revoluciones. La nuestra se destacó porque ninguno de nosotros usaba medias. Considerábamos que las

medias eran una prenda sin ninguna utilidad real, cuya función era identificar a las clases oprimidas y simbolizar el poder del Sistema sobre sus esclavos. Nos llamamos por eso los "desmediados", que era claramente un juego de palabras con "desmedidos". Pero los propagandistas del Sistema nos llamaban "los malolientes". También es cierto que, para el tiempo de nuestra revolución, ya iban quedando pocas prendas de vestir contra las que rebelarse y tuvimos que agarrar lo que quedaba: Ya había habido revoluciones en contra del corpiño, de las polleras, de las corbatas, contra el pelo corto, contra el pelo largo, a favor y en contra de las barbas; hubo una exitosa rebelión en contra de los relojes pulseras que coincidió con el momento en que ese artefacto se volvió obsoleto; hubo una rebelión contra los uniformes escolares y, una generación después, una rebelión de varones vestidos con faldas: por considerar que no estaban lo suficientemente uniformados al haber uniformes distintos para cada sexo. Nosotros fuimos contra las medias. Hacíamos chistes de que, en el futuro, habría una revolución en contra de las hebillas y cintas para el pelo. La tercera revolución que siguió a la nuestra, la de los "pelos al viento", tuvo realmente esa consigna.

Yo sabía que no tenía sentido predicar a los viejos: habían visto demasiadas revoluciones a lo largo de sus vidas. Se habían vuelto cínicos y malhumorados. ¿Cómo explicarles que nosotros no éramos una revolución más del montón? ¿Qué los desmediados éramos la última y definitiva, la que iba a cambiar el mundo para siempre? Apuntaba por eso a los jóvenes: a los estudiantes de secundaria, que vivían su primera revolución con entusiasmo, y a los de veintitantos, desilusionados con la revolución anterior. Y debo decir que aporté mi granito de arena sumando a muchos de ellos a la Causa.

La Revolución de los Desmediados tomó el poder en la fecha prevista. Al día siguiente, los mercados abrieron ligeramente en alza, como era usual debido a lo que los economistas llamaban "el optimismo de las revoluciones". El Nuevo Régimen anunció una prohibición total de las medias que sería decretada en breve, cosa que fue ovacionada por la multitud, pero al final esa medida nunca fue tomada realmente. Terminados los festejos, todo el mundo volvió a trabajar en sus ocupaciones ordinarias. La tolerancia a andar sin medias, en la empresa de repartos a domicilio para la que yo trabajaba, fue siendo cada vez menor y, dos años después de la Revolución, usar medias fue obligatorio bajo amenaza de despido.

Aunque quedé bastante desengañado con la Revolución de los Desmediados, cuando intentó reclutarme un partidario de los "Rompehielos", lo rechacé amablemente. Era realmente muy difícil no reconocerme a mí mismo en él. Los Rompehielos eran un movimiento pro-cambio climático. Su lema era: "Fuck The Polar Bears", que solían usar acompañado de imágenes zoofílicas en sus camisetas. Fueron la Revolución que siguió a la nuestra. Las revoluciones se hacían cada cuatro años: en años elegidos para que no coincidieran ni con los mundiales de fútbol ni con los Juegos Olímpicos. Algunas personas desarrollaban una especie de adicción: se convertían cada cuatro años a una nueva Causa durante toda su vida. Yo tuve suficiente con una. Busqué una chica decente para casarme y, por supuesto, la busqué fuera del Movimiento (o de lo que quedaba de él). Tuvimos dos hijos y alquilamos un pequeño departamento. Es una vida común y corriente, propia de un matrimonio con dos hijos y cuatro pares de medias; pero tengo la satisfacción de recordar los buenos viejos tiempos y poder contarles a mis hijos que mi generación intentó cambiar el mundo.

XIV

Miscelánea

Platón.

La razón, en su vuelo
en busca de lo claro,
tomó el letal fuego,
cual polilla, por faro.

El ensueño de un cielo
inmaterial y puro,
para el ojo ciego
impenetrable muro,

sedujo sus anhelos
con la muda forma
del eterno misterio.

Y esa busca sin norma
lo atrapó en el hielo
del ideal cautiverio.

Hechos de nada, como la neblina,
somos, y damos de todo un reflejo.

Tenues como el aliento que al espejo
se pega y se esfumina.

¡Todo!
Todo se va.
Todo termina.
Todas las cosas son hechas de ausencia.
Es el olvido mismo nuestra esencia.

Soy mortal. Y no se me da la gana.
Es absurdo fingir que no sabemos
que existimos sin fin. Y sin mañana.

Mar

El mar nunca calla. El mar nunca duerme.
Sea azul, o verde, o gris, o blanco, o negro;
calmo o tempestuoso;
el mar nunca calla. El mar nunca duerme.
"El mar", "la mar"; ¿Qué más da? El mar es viejo
como el viento, como el tiempo, como el sol,
y guarda recuerdos,
sueños y delirios

de tiempos en que aún no existían hombres.

El viejo mar nunca calla y nunca duerme;

sea azul, o verde, o gris, o blanco, o negro;

¿Qué más da? No duerme

y vela por nuestros sueños y recuerdos.

El mar nunca calla. El mar nunca duerme.

Calmo o tempestuoso,

el mar quedará después que el Hombre parta.

(Mar del Plata, 29/9/2013)

Una cárcel huyó y se llevó a los presos.

La joven águila estaba deslumbrada con su capacidad para volar; atravesaba las nubes, se tiraba en picada, se extasiaba con el sol. Vio a una tortuga y se compadeció de ella. La tomó entre sus garras y la subió hasta la altura de un monte. Entonces la soltó:

– ¡Vuela!

Una flor surge en la grieta entre dos bloques de hormigón impenetrables y sin vida. La flor se abre paso y empieza a crecer. Se convierte en un árbol y rompe los bloques entre los que había surgido. El hormigón se cubre de vegetación y surge en torno al árbol un bello jardín. Para proteger el árbol, se hace un cantero de hormigón a su alrededor. Surge en ese cantero una flor entre dos grietas. El árbol la mira con ternura y le dice: "cuídate de los bloques de hormigón". La flor mira a su alrededor, perpleja, y le responde: "Yo no veo otro bloque de hormigón en este jardín que tu cantero".

El móvil del crimen.

Alejandro solo había conocido en toda su vida a tres hombres que tenían tanto carácter como él: Filipo, Diógenes y Darío; y los había vencido a todos, cada uno a su modo. Clito claramente lo superaba, y eso no pudo soportarlo.

XV

La gente que vive de noche

Me interesé por la Historia de niña por un motivo prosaico: estaba enamorada de mi profesor de esa materia. Cuarenta años, unas cicatrices en la cara que no lo afeaban para nada. Había aprendido a escribir con la mano izquierda al perder su brazo derecho en la Guerra cuando una granada defectuosa explotó antes de tiempo. Me fascinaba oírle contar cómo había sido el mundo pre-Guerra: con sus leyes, costumbres y problemas tan distintos de los nuestros… y con el triple de población. Me costaba imaginar a mis padres viviendo en ese mundo, cuando tenían mi edad. Todo eso sonaba ahora tan distante como la más pura fantasía. Y, sin embargo, antes de La Guerra, habían existido miles de "guerras". Se había peleado por comida, por mujeres, por tierras, por reyes, contra los reyes, por el robo de un cerdo, por religión, contra la religión, por las naciones, por las clases sociales, por las razas (curiosamente, nunca se había peleado por la astrología; lo cual era extraño, dada la ridícula importancia que le daban a esa superstición. Puedo imaginarme sin problemas una "Guerra Capricorniano-Sagitariana"; pero tal cosa nunca ocurrió); pero la guerra que causó más daño que todas las demás guerras previas juntas; la Guerra por antonomasia: la que no tiene nombre ni lo necesita, la que es simplemente "LA Guerra"; estuvo motivada por un asunto al que nunca se le había prestado atención antes: los hábitos de sueño. En los textos antiguos es asombroso encontrarse sentencias como "Juan acostumbra levantarse temprano", "Pedro no duerme por las noches", dichas de modo casual, sin considerarlo un asunto importante y, desde luego, sin considerar que Juan y Pedro debieran matarse mutuamente por eso. Cuando en la escuela secundaria me preguntan por qué formo parte de la Liga por la Convivencia Pacífica, respondo que: "Porque quiero pertenecer a la primera generación de post-guerra, y no a la generación de entre-guerras". ¿Es tan difícil imaginar un mundo donde cada uno tenga libertad para vivir a las horas que le dé la gana vivir? ¿Realmente el que, en unas ciudades, la gente haya elegido vivir de día y en otras prefieran la noche es razón suficiente para matarnos como salvajes? La Historia muestra que se ha peleado por toda clase de motivos absurdos, sí; pero también prueba que un mundo donde la gente que vive de día y la gente que vive de noche convivan en paz es posible: porque ese mundo existió en el pasado y, por lo tanto, puede volver a existir en el futuro.

Existen todavía naciones y banderas, pero la única división política real que existe hoy en el mundo es entre las ciudades diurnas y las nocturnas; separadas por una línea de fortalezas

militares que literalmente divide al mundo en dos, llamada “El Horizonte”. Mi familia vive en Buena Tierra, una ciudad pequeña cerca del Horizonte. Por suerte, en un sector casi totalmente desmilitarizado. Los dos bandos han concentrado millones de hombres allí donde creen que una invasión es más probable. Buena Tierra está en una región de terreno irregular, sin fuentes de agua naturales y, a la vez, con tendencia a empantanarse. No es un lugar apropiado para grandes operaciones militares… ni para ninguna otra cosa, a decir verdad… por lo que aquí sólo hay unos cuantos guardias armados para mantener a raya a los contrabandistas. En este rincón olvidado del mundo vine a nacer yo por azar después de la Guerra. Tercera hija de una familia-tipo con un bonus track añadido: yo. Papá, mamá, la hija mayor, el hijo menor… y después yo. Mis padres nunca han confesado que fui consecuencia de un descuido, pero estoy segura de ello.

Mi profesor de Historia desdeñaba la idea de que diurnos y nocturnos pudiesen convivir de modo pacífico: basada en el hecho de que, por milenios, habían de hecho convivido de modo pacífico.

– El noctambulismo primitivo fue un fenómeno muy diferente al noctambulismo actual: simplemente se está confundiendo bajo una misma palabra lo que son dos cosas distintas.

Tampoco tenía en muy alta estima al movimiento pacifista, al que consideraba muy poco patriota:

– Querer ser patriota y pacifista es como casarse con dos esposas que se odian entre sí: todo lo que hagas para complacer a una, va a enfadar a la otra.

Y, por cierto, él sabía de lo que estaba hablando: su primera esposa, Raquel, era la profesora de literatura y, su segunda esposa, Ruth, la de biología. Era casi cómico el odio que se tenían entre sí esas dos mujeres.

Solía ir a pasear al parque del “Monumento a los 700 millones de personas que murieron en la Guerra”, no porque quisiera ver el monumento, sino porque era un lugar tranquilo y agradable para caminar. Allí me encontré por primera vez con una manifestación de la Liga para la Convivencia Pacífica. Por un parlante pasaban una canción sobre el placer de caminar de noche bajo la luz de la Luna: la cual estaba en la lista negra de las radios, a pesar de que era anterior a la Guerra y al toque de queda nocturno. Acepté un folleto que me dieron y seguí caminando. Lo leí al llegar a casa. Era básicamente una recopilación de citas de los libros sagrados de varias religiones, que condenaban la guerra y la violencia. No era muy interesante, pero fue lo que me hizo interesar por la LCP.

Fui pegando stickers en mi carpeta y en todas partes, pero nunca me gustaron los pines ni las remeras estampadas. Usaba camisetas de un solo color, un talle más grande del que supuestamente me correspondía. Empecé a ver “Luz de Luna”, un ciclo de televisión

dedicado al cine nocturno. Se emitía en las dos horas de tolerancia entre el toque de queda hasta que se cortara la transmisión de la TV. Ese ciclo era parte de la política de acercamiento del gobierno actual. Cuándo los chicos jugaban el fútbol, “sos más malo que Luz de Luna” se había vuelto una expresión proverbial. Yo lo veía porque quería saber cómo era la vida en el Reino de la Noche. Pero la mayoría de las películas nocturnas transcurrían, o bien en interiores, o bien en el medio de un bosque, y no mostraban gran cosa de cómo era la vida al otro lado del Horizonte.

Más populares que “Luz de Luna” eran los radio-teatros, comics y películas que tocaban el tema de la paz y la tolerancia. La mayoría eran spin-off de “Romeo y Julieta” con un Romeo nocturno y una Julieta diurna (por algún extraño motivo: nunca al revés). Cuando cumplí los 13 años y pude ver documentales sobre la Guerra empecé a tomar consciencia de lo que había sido realmente ese conflicto: Me dejaba un nudo en la garganta oír todas esas historias acerca de los millones que murieron sólo para satisfacer el ego de generales narcisistas o enriquecer a políticos corruptos.

El Frente por la Libertad y la Justicia había gobernado a la Confederación Diurna de modo ininterrumpido desde el fin de la Guerra. Jackson, su candidato a las próximas elecciones coincidía con la política de reconciliación con el Reino de la Noche del gobierno actual, pero quería hacer algunas reformas: como eliminar los toques de queda. Eso lo volvió muy popular. En un discurso había dicho que ambos sistemas tenían sus pros y sus contras y que él era partidario de obtener lo mejor de dos mundos: criticaba que el Reino de la Noche fuese una monarquía y no una república, pero también decía que había que reconocerles que allí había libertad para circular a cualquier hora y no existían los toques de queda. El principal periódico del Reino, “La Primera Vela”, citó las declaraciones de Jackson afirmando que este había “reconocido la superioridad de las leyes del Reino de la Noche”. El candidato belicista Perro había dicho en esa ocasión que “La Primera Vela” tenía razón al menos en una cosa: Jackson era un idiota.

Mis padres decían con indiferencia de mi pacifismo que “ya se me iba a pasar”, como si mis ideales y mis convicciones morales fuesen una especie de enfermedad de juventud. Mis padres pertenecían a la “generación rosa”: llamada así porque la Guerra había sido tan devastadora que, al terminar, la población femenina duplicaba a la masculina. Más de la mitad de mis compañeros de la secundaria procedían de familias bígamas. Más o menos un cuarto procedían de familias-PATO (Programa de Adopción Temporaria Obligatoria), un programa de emergencia creado durante la Guerra que terminó siendo la familia definitiva de muchos huérfanos. Los objetores de consciencia fueron obligados por PATO a criar en algunos casos a más de diez niños. Como un efecto secundario no previsto, esto convirtió a los Testigos de Jehová en la segunda religión más importante de la Confederación Diurna. Una de las propuestas de Perro era volver a prohibir la bigamia, entre otras medidas contra la libertad sexual. La primera vez que le presté atención a Jimmy fue por este asunto. Quiero decir: la primera vez que le presté atención a lo que decía: antes me había fijado en

él, como todas las chicas en la escuela, pero sólo lo veía como un chico guapo.

- Es ridículo que el lesbianismo esté castigado con diez años de cárcel, a la vez que en todas las casas hay una cama de tres plazas. – dijo.
- ¡Mis dos madres no hacen eso! – Protestó una de las chicas.
- Si.. supongamos…

Jimmy era algo así como la personificación de la rebeldía: Campera de cuero negra, moto, pelo con abundante fijador. Organicé una junta de firmas a favor de la paz mundial: que era sólo un pretexto para hablar con él. Lo agarré sacándole la cadena a su moto para irse y le dije que había organizado esa junta de firmas porque creía que la paz era muy importante y bla-bla-bla. Le pedí que firmase el manifiesto… y entonces descubrí que era partidario de Perro. Apenas me recuperé de la sorpresa le recordé su comentario en clase.

- Bueno. La mojigatería de Perro me parece un poco estúpida, pero sigo creyendo que es el mejor candidato. Ese idiota de Jackson nos va a entregar servidos en bandeja a los nocturnos. Pero, por mí, divertite con tu novia: No tengo problemas con eso.
- No soy lesbiana – Dije. Y añadí por dentro: “Y, maldita sea: ¡Ojalá lo fuese!” – Sólo digo que me pareció que eras un chico más abierto de mente. ¿Qué te hicieron las personas nocturnas para que las odies?

Me miró con una mezcla de asombro e ironía.

- ¿Estás hablando en serio?... Como sea: En tres meses cumplo quince años: apenas tenga la edad mínima, me voy a unir a los Rescatadores. Mi hermano mayor ya es miembro.

Arrancó la moto y se fue. Nunca me han dado un garrotazo en la cabeza, pero creo que sé cómo se siente. Quizás porque Jimmy no resultó ser el rebelde idealista que me había imaginado, eso alentó mi propia rebeldía y me uní a la división femenina de la LCP de Buena Tierra. Jimmy cumplió su palabra: apenas cumplió los 15 años se unió a los Rescatadores y empezó a ir a sus prácticas militares tres veces a la semana.

Jimmy era también partidario de eliminar los toques de queda. Decía que, dado que se había desterrado a todas las personas que viven de noche, ya no tenían sentido: si alguien sale de noche de sus casas, es un diurno que tiene buenas razones para hacerlo. O sea: era un chico de mente bastante abierta… para algunas cosas.

Los Rescatadores eran una organización que se dedicaba a sacar gente de territorio nocturno, “rescatarla”, y traerla a suelo diurno. Hacían esto mayormente falsificando documentos y pasaportes y no por la violencia, aunque estaban fuertemente armados y entrenados. Cuando el tratado de paz que puso fin a la Guerra estableció la frontera del

Horizonte, esto afectó a millones de personas diurnas que viven en territorio nocturno. Las personas nocturnas que estaban en territorio diurno, en cambio, fueron expulsadas. Esto era un problema real, pero los Rescatadores y otras organizaciones parecidas lo habían tomado como un pretexto para justificar su militarismo y su odio irracional a la gente nocturna.

Perro había tenido al principio cierto pudor a ser considerado demasiado extremista, pero ahora se jactaba públicamente de su belicosidad y su radicalidad. Uno de sus discursos parecía lisa y llanamente una caricatura de un dictador megalómano:

- Me acusan de querer reiniciar la Guerra. Me acusan de querer exterminar totalmente a la gente que vive de noche. Me acusan de ser amigo de rescatadores y supremacistas diurnos. Me acusan de apoyar a grupos de resistencia armada en territorio nocturno. – Hizo una pausa dramática y añadió: – Todas esas acusaciones son verdad. – La turba fanática que lo escuchaba estalló en una ovación. – Nosotros no tenemos una quinta columna en el Reino de la Noche: tenemos una quinta, una sexta, una séptima y una vigesimoquinta columnas: y por culpa de corruptos y cobardes como Jackson, quienes quieren el poder para hacer negocios sucios con el Reino y para nada más, esas columnas están hoy indefensas y desarmadas, traicionadas por el Frente Para la Libertad y la Justicia. Nosotros vamos a darle un fusil a cada hombre y mujer diurnos en el Reino de la Noche y con su ayuda vamos a acabar con el Reino y borrar de la faz de la Tierra esa aberración en contra del orden natural de una vez y para siempre.

Por cierto, ese discurso fue la última vez que llamó a la gente que vive de noche así: en adelante, volvió a usar ese término deshumanizante que ningún político usaba en público desde la Guerra. El Reino respondió reforzando la frontera: El tratado de paz decía que nadie podía tener más de 2 millones de hombres en la frontera. Esto nunca se había cumplido y ambos bandos tenían unos 10 millones. Fotos aéreas mostraban que las fuerzas nocturnas en la frontera se habían elevado a más de 12 millones desde el discurso de Perro y por su culpa. El slogan: "Ladra y muerde" estaba por todas partes: en afiches, grafitti, en las carpetas de mis compañeros.

En las reuniones de la LCP, el desprecio por las costumbres de la generación rosa era un pretexto para justificar toda clase de pequeño libertinaje: fumar cannabis, beber, ver películas de monos, faltar a clase sin decirles a los padres. Yo nunca me interesé por el cannabis ni el alcohol, pero no podía evitar ver las películas de monos: infaltables en todas las reuniones. La pornografía estaba severamente prohibida, y esta era una de las pocas cosas en que Jackson y Perro coincidían, pero la ley decía que no se podían producir, distribuir ni ver películas que mostrasen "a dos o más personas teniendo sexo". Por una laguna legal, las películas que mostraban a una persona masturbándose eran legales. Se llamaban "grullas" a las mujeres de esas películas y "monos" a los hombres. En las reuniones abiertas de la rama femenina de la LCP, a las que podía asistir cualquier chica

que lo deseara y que se anunciaban en la cartelera de la escuela, usábamos el proyector para ver películas de monos; pero en las reuniones cerradas, a las que te informaban en persona que tenías que ir y su existencia se mantenía en secreto para los no-afiliados, veíamos películas de grullas. A mí no me gustaban esas películas. Más aun, me daban un poco de asco. Con el tiempo comprendí que la mayoría de las chicas compartían ese mismo sentimiento. El punto no era disfrutar esas películas: el punto era que estábamos haciendo algo ilegal que debíamos mantener en secreto. La actitud en ambas clases de reuniones era muy distinta: en las reuniones abiertas, todo era diversión, bromas y había debates interesantes entre chicas que tenían opiniones diferentes sobre toda clase de asuntos. Las películas de monos eran parte de la diversión y, cuando llegaba la "escena del disparo", todas aplaudían y ululaban ruidosamente. En las reuniones cerradas, hasta ver porno era algo solemne y ritual. No había discusiones: la coordinadora nos explicaba la doctrina y las únicas preguntas permitidas eran para aclarar dudas. Esa doctrina también tenía diferencias importantes con la de los folletos como el que me dieron en mi primer contacto con la LCP: en esos folletos, siempre se asumía una postura neutral y cosmopolita, se hablaba de la igualdad, la tolerancia mutua, el respeto mutuo y siempre se ponía el foco en la reciprocidad. En las reuniones cerradas, en cambio, la culpa de todo la tenía siempre la Confederación de Estados Diurnos y se asumía que el único modo realista en que podía lograrse la paz era si el Reino de la Noche se extendía a todo el mundo.

Yo había hecho todo lo posible por ocultar mi amistad con Jimmy a la LCP, pero un día mi coordinadora, Gertrud, me preguntó cuál era nuestra relación. Le dije que Jimmy era un buen chico, que no era un verdadero supremacista diurno: sólo se había metido con esos fanáticos peligrosos de los Rescatadores por culpa de su hermano mayor. Me disculpé por haberle mentido.

Gertrud era una mujer de 30 años: siempre usaba su pelo rubio sobriamente atado en un rodete y, al tener siempre la espalda erguida, eso la hacía parecer más alta de lo que era. Era claramente una guía para todas las chicas. Nos sentamos a conversar en la plaza del Monumento, con unas botellitas de gaseosa en la mano.

– Veo que tenés un gran potencial. Precisamente por tus dudas, no a pesar de ellas. La fe se nutre de las dudas. Sé perfectamente que no es sólo tu empatía por ese chico que lo seguís viendo: en el fondo te preguntás si no tendrá razón. Yo misma pasé por esa etapa.

– ¿Usted? – Dije.

Ella asintió con la cabeza.

– ¿No tienen razón acaso los partidarios del odio y la violencia en muchas cosas? ¿No es verdad que en la Guerra la gente que vive de noche cometió crímenes tan terribles como los de quienes viven de día? ¿No es verdad que el reino nocturno prohíbe a sus

ciudadanos de vida diurna abandonar sus fronteras? ¿No es verdad que sólo las personas nocturnas pueden ser miembros del Partido y que la gente diurna tiene prohibido abandonar sus granjas de propiedad estatal? ¿Por qué deberíamos aceptar la paz? Pero lo que no estás viendo es el precio a pagar que tendría una Segunda Guerra: que sería quizás todavía peor de lo que ya fue la primera. Incluso la victoria implicaría cientos de millones de muertos. Querés la victoria, siempre y cuando sea gratis. Querés la paz, siempre y cuando sea gratis. Pero ninguna es gratis y son incompatibles entre sí. Recuerdo que, la primera vez que te vi, me llamó la atención un sticker en tu carpeta: "La paz es la victoria". Fue por eso que decidí reclutarte. Pero la paz no es la victoria: la paz es sólo la paz. No podés tener la paz y la victoria. La paz tiene un precio. La victoria tiene un precio. Así que tenés que preguntarte: ¿Qué querés? ¿La victoria o la paz?

Había decidido arriesgarme con Jimmy, pero antes de acostarme con él decidí hacerle demostrar que yo le interesaba: lo invité a ir juntos a un concierto de Karan Morfeicus. Sabía que Jimmy lo odiaba y que, si iba, sería únicamente por mí. Aceptó ir al concierto del domingo, pero me dijo que el viernes "tenía algo muy importante que no podía cancelar". En ese momento, no presté atención a que Jimmy no me dijo que era ese "algo muy importante" que tenía el viernes. Sólo estaba contenta de que había aceptado venir al concierto del domingo. Me asombró también la facilidad con que aceptó, sin la menor protesta o comentario. Pareciera que no le dio importancia al asunto.

Había una manifestación afuera del teatro donde iba a tocar la orquesta de Karan. Karan era un director de orquesta nocturno. Unos manifestantes que vestían camisetas con el sol de "Mediodía", uno de los grupos supremacistas diurnos más radicales, tenían pancartas con la ley que prohibía "la residencia temporal o permanente de personas nocturnas en todo el territorio". Esos ignorantes no sabían lo que era un pasaporte diplomático y no entendían que esa ley no se aplicaba a Karan y otros músicos de su orquesta. Yokio Matsuda, el líder de Mediodía, había basado toda su ideología en denunciar "la hipocresía de la generación rosa" y decía que la bigamia, esa "ni monogamia ni poligamia", era el mayor ejemplo del espíritu acomodaticio, conformista y cínico de esa generación. Citaba a generales de la Guerra que creían que "con otros dos años más de guerra y otros cien millones de muertos" se podría haber acabado con el Reino y masacrado completamente a la gente que vive de noche. "En lugar de eso, negociaron la paz y abandonaron a las personas diurnas que vivían en el Reino. Más tarde, esa traición no les pareció suficiente y empezaron a hacer negocios con los nocturnos". Mediodía defendía abiertamente la poligamia: proponía seleccionar a un hombre de cada veinte para la reproducción y darle un harén de más de veinte mujeres para "mejorar la raza diurna". Perro se había distanciado de Matsuda diciendo que: "Mediodía no es un partido político, es una fantasía erótica". Pero recientemente habían mejorado su relación: Matsuda tenía un virtual ejército privado que no podía ser ignorado si

iba a haber una Segunda Guerra. El noticiero pasó a una entrevista que le habían hecho a Karan Morféicus:

– Los radicales diurnos odian al Reino de la Noche porque es la prueba de que las personas diurnas y nocturnas pueden convivir en paz para su mutuo beneficio. La Confederación de Estados Diurnos prohíbe a las personas nocturnas vivir en su territorio y demagogos como Perro quieren ir todavía más lejos, tratando de convencer a una masa ignorante y manipulable de que el mundo estaría mejor sin personas nocturnas. Nosotros, en cambio, hemos comprendido que necesitamos a las personas diurnas y no podemos vivir sin ellas. Por eso nunca va a haber un Perro nocturno.

Matsuda dijo que Morféicus era un hipócrita al venir a nuestro territorio a predicar la paz y la tolerancia, mientras que los músicos diurnos de su orquesta no aprovechan el viaje para escapar por la única razón de que tenían que dejar a sus familias como rehenes en el Reino.

Jimmy faltó a la escuela miércoles, jueves y viernes. No lo vi fuera de la escuela y no me llamó por teléfono. Noté que no era sólo Jimmy: Todos los chicos que formaban parte de los Rescatadores habían faltado a clases.

Y, de repente, nuestra ciudad y nuestra escuela estaban en las noticias mundiales: Los Rescatadores habían atacado una granja cerca de la frontera, viendo que la zona estaba muy mal defendida. Mataron a cuatro personas nocturnas, más de una docena de aliados diurnos suyos y se llevaron a cuatrocientas personas por la fuerza. El ataque escaló rápidamente a una crisis diplomática: el gobierno nocturno exigía la devolución de las personas secuestradas de la granja y la entrega de los atacantes. Jimmy había sido uno de ellos. Lo llamé por teléfono para saber si estaba bien. Apenas me empezó a decir: “Tengo que explicarte…”, colgué. Me alivió saber que no había sido herido, pero estaba muy enojada para hablar con él. No quería oir ninguna excusa. El comandante en jefe de la Confederación dijo que su mandato ya estaba casi concluido y no podía tomar una decisión tan importante. Los nocturnos rechazaron esa excusa: ellos son una monarquía y la idea de cambios de gobierno les resulta extraña. Jackson dijo que liberaría a las personas secuestradas el primer día de su mandato, pero no dijo nada de entregar a los atacantes. Perro felicitó a los Rescatadores y los llamó “los héroes de Buena Tierra”. Para contrarrestar esa locura bélica, con la LCP organizamos una exposición de Arte Nocturno en la escuela. Nuestros detractores dijeron que casi todo lo que mostramos era arte hecho por personas diurnas que apoyan a los nocturnos y viven en la Confederación, y no arte hecho por nocturnos. Y tenían razón, pero el mensaje era lo importante. Jimmy me estaba esperando afuera de la exposición con la moto. Me alcanzó un casco y dijo:

– Me pareció un poco irónico entrar.

Tomé el casco, me lo puse y me senté detrás suyo sin decir una palabra. No habíamos hablado en casi dos semanas.

Fuimos a su casa y lo acompañé a su habitación.

- El plan era que entraran sólo los marines y sacaran a la gente. – Dijo – Nosotros sólo íbamos como respaldo. Pero el lugar no estaba sin defensas, como nos habían dicho, sino que había un pelotón de nocturnos y más de cien esclavos diurnos suyos armados. En segundos, el lugar era un campo de batalla: ametralladoras, granadas, fusiles, muertos por todas partes. Perdimos casi a veinte de nosotros, pero valió la pena.

- ¿Mataste a alguien?

- No lo sé. Disparé tres cargadores enteros. Pero es difícil saber quién le dio a quien. No es como en las películas.

Me acerqué y lo besé. Caímos sobre su cama.

* * *

Me vestí de inmediato. Por alguna razón absurda, me daba vergüenza que él me viera desnuda. Sin darme cuenta, había tirado la camiseta por la ventana. Jimmy me prestó una chomba militar suya: imagínense a una suricata vestida con la chomba de un gorila y tendrán una foto aproximada.

Jimmy buscó en un placar, me dio una camiseta y un pulóver suyos de cuando tenía once años que me iban bastante bien y me dijo que lo acompañara, que quería mostrarme algo. Tomé la camiseta y le dije que se diera vuelta. Jimmy se rio y, cuando vio que hablaba en serio, se rio todavía más fuerte; pero se dio vuelta como un caballero mientras me cambiaba. Fuimos en moto hasta una casa de departamentos de alquiler en un barrio pobre de las afueras de Buena Tierra.

- ¿A quién venimos a ver?

- A la verdad. – Dijo.

Li-Han abrió la puerta con temor: era un hombre pequeño y desconfiado. Lo saludó a Jimmy con genuino afecto y me miró con curiosidad. Nos presentó a su esposa y su pequeña hija de “cuatro o cinco años” y nos invitó a tomar el té.

- ¿No saben qué edad tiene su hija? – Pregunté asombrada.

- En las granjas del Reino no hay calendarios, ni periódicos – me explicó Li-Han –; no hay distinción entre días de descanso y días de trabajo y, si alguien lleva un registro

de los nacimientos y las muertes, nosotros no tenemos acceso a ese registro. Nuestra pequeña no tiene un nombre oficial: sólo un número de catálogo y el nombre que le pusimos nosotros por cariño. Pero fue nuestra pequeña sin nombre la que nos dio el coraje necesario para escapar.

– Li tenía un permiso para cruzar la frontera para trabajar en las tierras de un político del Frente Para la Libertad y la Justicia. – Me explicó Jimmy –: Esos cretinos les alquilan personas diurnas al Reino de la Noche como mano de obra esclava. Nos enteramos y metimos un espía en la estancia: ahí supimos que Li y el resto de los esclavos tenían a sus familias como rehenes en el Reino. Entonces le dimos una cámara de fotos y le pedimos que fotografiara fortines, garitas de guardias, puertas, escaleras y toda clase de información útil para preparar el asalto a la granja. Li fue muy valiente al hacer esto. Pero hizo algo más: Fotografió con disimulo su vida cotidiana. – Me pasaron una pila de fotografías. Me dijeron que me las quedase: que Li tenía los negativos. – Esa es la vida en una granja del Reino.

Empecé a pasar las fotos.

– No se ve mucho como "cultivando felicidad para todos", ¿no? – Dijo Jimmy.

"Cultivando felicidad para todos" era un afiche de propaganda del Reino de la Noche que teníamos en la LCP, que mostraba una foto de una granja por fuera. Por dentro parecía un lugar bastante oscuro y aterrador, aunque esto podía ser más por el blanco y negro de las fotografías que no por lo que mostraban en sí.

– Li consiguió salir y sacar a su familia; pero todavía hay millones de personas viviendo en esas mismas condiciones.

– Si hay una Segunda Guerra van a vivir todavía peor, o no van a vivir. No estoy diciendo que esto sea el paraíso. – Dije, señalando las fotos – Lo que digo es que la Guerra es el infierno. Y me parece muy egoísta arriesgar al mundo a caer de nuevo en ese infierno buscando su propio beneficio personal.

Li me miró sin avergonzarse ni enfadarse, con una mirada profunda, y dijo:

– En el Reino, la expectativa de vida de una persona diurna es de unos veinticinco o treinta años, según cálculos informales; en la Confederación, es de cincuenta y siete. ¿Soy egoísta por querer esos treinta años más de vida para mi hija? Y no es sólo que en el Reino nadie llega a viejo, aunque eso es sin dudas importante: He visto a chicas de tu edad, incluso más jóvenes, decirles a los turistas diurnos: "Hago cualquier cosa por un Sol". Y he visto a los turistas, incluyendo a miembros de la LCP y otras organizaciones de simpatizantes nocturnos parecidas (que después vuelven acá y escriben toda clase de tonterías acerca de lo "revelador", "inspirador" y "espiritual" que fue su viaje al Reino de la Noche), jugarse a esas chicas a los naipes como si

fuesen tabletas de trigo azucarado. ¿Soy un traidor por no querer eso para mi hija? – Cambió de tema y añadió, con una sonrisa en la que había algo de tristeza – Tu novio es un héroe. ¿Sabías? Cuando empezó la batalla, la mayoría de los muchachos se asustaron y salieron corriendo como niños; él en cambio avanzó con su fusil al hombro como un soldado profesional, disparándole a los guardias: De no ser por Jimmy probablemente estaríamos muertos o hubiésemos sido capturados.

Al otro día, mi cabeza era un caos. Pasaba de recordarme teniendo sexo con Jimmy a Li-Han y su familia, las fotos de las granjas, anécdotas de la Guerra de mi padre, la escuela,…Necesitaba hablar con alguien: ese alguien no eran ni mis padres y ciertamente no era Jimmy. Así que tomé las fotos que me había dado Li-Han y me fui a verla a Gertrud.

Ella no mostró mucha sorpresa mientras pasaba las fotos. Me preguntó de dónde las había sacado y le conté todo. Me dio que esperase y se fue a hablar por teléfono. Hizo varios llamados. Yo quise salir a tomar aire y me encontré con que la puerta estaba cerrada con llave. Estoy segura de que Gertrud no quiso encerrarme, pero me sorprendió eso. Cuando volvió, me dijo que había hablado con sus jefes y que estos estaban en camino. Me explicó la gravedad de la situación:

– Jackson y Perro están casi igualados en las encuestas. Perro necesita un uno por ciento más de apoyo para iniciar una Segunda Guerra: y estas fotos le pueden dar ese uno por ciento. Tenemos que impedir que sean publicadas.

Los tres agentes entraron en silencio. Vestían impermeables y lentes oscuros. Los tres eran altos y pálidos: me di cuenta que debían ser personas que vivían de noche. Caí en la cuenta de que toda mi vida había estado intentando convivir en paz con la gente que vive de noche, pero nunca había conocido a una en persona. El que parecía el jefe se sacó los anteojos y me miró.

– Si esto se publica, no va a haber más Liga para la Convivencia Pacífica, porque no va a haber más convivencia pacífica ni, probablemente, más mundo. – Dijo. – ¿Vos sabés dónde vive este tal Han y podés llevarnos con él?

Asentí con la cabeza. Gertrud sonrió:

– Le dije que ella iba a colaborar.

No lo pensé en ese momento, pero horas o días después esto me empezó a dar vueltas en la cabeza: ¿Qué hubiera pasado si yo no colaboraba?

El jefe de los agentes se sentó en el asiento del acompañante, mientras Gertrud manejaba. Yo iba en el medio del asiento trasero, con un agente a cada lado. Me sentía como una prisionera y respiré aliviada cuando llegamos, aunque todavía faltaba lo peor.

Golpeé la puerta del departamento de Han. Él se asomó por la mirilla.

- Hola. Vengo de parte de Jimmy. – Dije.

Cuando abrió la puerta, los agentes se adelantaron y forzaron su entrada al departamento. La mujer de Han tomó a su hija y se acurrucó en un rincón del departamento, abrazándola aterrada.

- ¡Traidora! – Dijo Han – ¿Te pagaron? ¿O te hicieron creer que vas a ser como ellos? ¡Es una mentira, idiota! Ningún ser humano puede convertirse en lo que son ellos: Simplemente son otra especie distinta.

- Hice lo que tenía que hacer. Lo siento mucho. – Dije.

El jefe de los agentes se lanzó sobre Han y le mordió el cuello. Los otros dos fueron a por su familia grujiendo como fieras salvajes. A la niña casi la desintegraron. Su madre lloró, pero no se resistió. Gertrud y yo nos quedamos paradas en la puerta. Todo duró menos de un minuto. Los tres cuerpos quedaron tirados en el suelo, sobre un enorme charco de sangre, aunque en su interior no había quedado ni una gota. Tres cascarones grises y disecados. Yo debía verme tan pálida como los cadáveres, porque el jefe de los agentes me miró y me preguntó, mientras una gruesa gota de sangre caía de sus colmillos.

- Es la primera vez que ves alimentarse a un nocturno, ¿no?

Asentí con la cabeza, sin poder hablar.

- Los diurnos tienen modales más refinados en la mesa. Hay que concederles eso. – Dijo. Y se rio de modo diabólico. – Ya te vas a acostumbrar.

Cuando venía en el auto entre los dos nocturnos, estos me miraban de un modo que me intimidaba, pero yo creí que era algo sexual. Ahora me daba cuenta de que no era lujuria: era hambre. Uno de los agentes, el que había matado a la hija de Han, me seguía mirando así. Su jefe debe haberlo notado, porque se le acercó y le dijo:

- Estas no. Tomá otro chico o chica de una granja cuando volvamos, si te quedaste insatisfecho

Tres semanas después Jackson fue electo como nuevo comandante en jefe de la Confederación Diurna. Su afirmación incondicional de la paz frente al belicismo de Perro fue un factor decisivo en las elecciones.

Jimmy rompió conmigo.

A veces me despierto en mitad de la noche con visiones de Han y su familia. Todos pagamos un alto precio por la paz, pero creo la esperanza de vivir una vida mejor en un

mundo sin odio ni violencia lo justifica.

XVI

El largo camino a Michigan

Midway fue una victoria pírrica, pero fue una victoria. La leyenda dice que la batalla fue decidida por un solo guerrero: su valor y la suerte (que la prensa llamó: "el destino del cielo") convirtieron la derrota en victoria. Japón había perdido tres de sus cuatro portaaviones: el único que quedaba, el Hiryú, no había tenido ocasión de poner sus fuerzas en el aire todavía, cuando el portaaviones americano Enterprise se dirigió a él para acabarlo. Un piloto que se había perdido, a bordo de su Zero, casi sin munición ni combustible, lo vio por casualidad y se arrojó en picada sobre el portaaviones enemigo. Su sacrificio heroico averió la rampa de despegue del Enterprise y tomaría más de una hora repararla. No hubo tiempo para ello: Los aviones del Hiryú mandaron a pique al Enterprise antes de eso. El Alto Mando americano, viendo que su aviación había sido aniquilada, ordenó retirarse.

Daiki y Arata se conocieron en Midway, o, mejor dicho, se reencontraron allí; pues conversando más tarde recordaron que habían ido juntos a la escuela primaria. Eran soldados de tierra firme que estaban siendo transportados y no se suponía que combatiesen en el mar. Daiki vio una ametralladora antiaérea cuyos operadores habían sido asesinados por el enemigo, pero que no estaba averiada, y corrió a ella. Arata se le unió después, alcanzándole municiones y ayudándole a recargar el arma. Estaban rodeados por los cuerpos de los operadores originales del arma... o por lo que había quedado de sus cuerpos... Arata estaba enfocado en su trabajo con las municiones, tratando de no pensar en el horror que los rodeaba, aterrado por la cercanía de la muerte, cuando Daiki, con una sonrisa de oreja a oreja, le señaló al sol saliendo entre unas nubes, lo que le recordó a Arata a la bandera de su país. Daiki dijo con placer:

– Es un bello día para morir por el emperador, ¿No?

Arata lo extrañó muchísimo durante el desembarco de San Francisco. Daiki había sido enviado a San Diego. San Diego fue duro, pero San Francisco fue una masacre. Arata no podía sacar de su mente el resplandor amarillo de las ametralladoras sobre las dunas. Así se veía la muerte: un resplandor amarillo en la oscuridad de la noche. Desembarcaron a media tarde para que el enemigo tuviese el sol de frente encandilándolo. La batalla continuó toda la noche. Habían bombardeado intensamente las playas para cavar trincheras y para destruir las trampas del enemigo; pero cada paso sobre la arena podía ser el último. Cuando subió la marea, había tantos cuerpos que el mar se había vuelto rojo. Pero se vengaron: setenta y tres mil prisioneros de la ciudad fueron elegidos al azar y decapitados: ocho por cada soldado japonés que había muerto durante el desembarco. Se organizaron competencias: Dos oficiales decapitaban cada uno cincuenta prisioneros; el que lo hacía en menos tiempo, ganaba. Los soldados se reían, bebían demasiado y apostaban viendo esas competencias.

Arata trató de sumarse a la fiesta, pero aquel espectáculo le provocaba un profundo malestar. No sabía por qué. Muy especialmente cuando llegaron unos camiones cargados con niños con alguna clase de uniforme. Los pusieron de rodillas, con los ojos vendados, en dos filas de cincuenta. Esta vez hubo pocos aplausos y risas del público. Arata comprendió que todos compartían su mismo malestar. La mayoría de los hombres en edad de combatir fueron ejecutados; el resto de la población fue organizada en cuadrillas de trabajos forzados. Las ventanas de las iglesias fueron tapiadas con tablas de madera y convertidas en prostíbulos.

Daiki y Arata se volvieron a encontrar en Denver. La "batalla" de Denver fue un paseo por el campo a cortar flores (Los americanos estaban concentrando sus fuerzas en Chicago: Ahí pensaban dar la batalla decisiva). Los dos amigos hicieron literalmente eso en su día de descanso: salieron a cortar flores en el campo. Inventaron un juego: cada uno activaba una granada y veían quien la sostenía más tiempo sin arrojarla. Arata vio que Daiki no iba a arrojarla: prefería morir a perder ese juego estúpido, entonces arrojó él su granada. Daiki hizo lo mismo, riéndose. A lo lejos, unos campesinos los miraban con temor y asombro.

Arata le contó sobre los pensamientos que había tenido últimamente, sobre todo al ver la ejecución de los niños. Daiki era al único al que le podía confiar esos pensamientos.

– ¿Recuerdas, en la escuela, cuando nos hablaron acerca de la Convención de Ginebra?

– ¿El código de cobardía de los occidentales?

– ¿Qué tal si lo malinterpretamos por completo? ¿Si esa convención no es un código de cobardía, opuesto a nuestro código de honor, sino algo noble, equivalente al código Bushido?

Daiki se quedó pensativo un rato, sentado sobre la hierba. Entonces dijo:

– Eso implicaría que tus oficiales cometieron un error. Pero, si tus oficiales cometieron un error; entonces los generales cometieron un error al nombrarlos. Y, si los generales cometieron un error; entonces el emperador cometió un error al nombrarlos. ¡Cuestionar a un superior es cuestionar al emperador!

– ¿Y qué tal si nuestros maestros cometieron un error? Tuvimos mil clases acerca del código de honor y, sin embargo, dos de las siete virtudes del Bushido casi nunca se mencionaban: La compasión y el respeto. Solo se las mencionaba cuando respondíamos en un examen cuales eran las siete virtudes de un guerrero, pero nunca se hablaba de ellas. – El campo recuperaba gradualmente la calma, aunque todavía había algunos pichones de ave en los árboles asustados por la explosión de las granadas – A lo sumo nos daban una explicación lacónica diciendo que la compasión implica pensar en tu familia que sufrirá si eres derrotado, o que el respeto significa hablar en un tono apropiado a tus superiores; pero nunca había una elaboración sobre ello. Hasta tuvimos clases específicas sobre cada una de las otras cinco virtudes, pero no sobre esas. ¿Qué tal si el verdadero significado de "compasión" y "respeto" no es en realidad algo muy distinto de lo que dice la Convención de Ginebra?

- ¡Es tu miedo a la muerte el que está hablando! Un verdadero samurái no teme a la muerte: la abraza y vive su vida sin temor, aceptando que cualquier instante puede ser el último.
- ¿Y desde cuando nosotros somos samurái? Tu padre adiestra burros de carga y el mío escribe y lee cartas a personas analfabetas.
- ¡Somos soldados del emperador, que es lo mismo! Mira: Yo también he tenido esos pensamientos cobardes, pero debes apartarlos de tu mente. Tienes que comprender que no es algo noble, no es tu compasión, tu respeto, lo que habla en ti. Es tu miedo a morir. Tu egoísmo. Como no quieres morir por tu familia ni por el emperador, tu cabeza inventa que no merece la pena morir por ellos. Que la cobardía es algo honorable. Pero no lo es.

No volvieron a conversar sobre el tema.

Chicago fue la mayor batalla en la Historia de la Humanidad, aunque otros decían que la Batalla de Moscú estaba a la par. Ambas duraron más de un año. La guerra, en esas batallas interminables, se sentía como un trabajo de rutina: se dormía entre tal hora y tal hora, se peleaba entre tales horas y se descansaba el resto del día. Arata había pensado mucho en el espíritu del código de honor cuando era un jovencito. "El guerrero acepta la muerte y la abraza. Vive plenamente y sin temor cada instante, sabiendo que puede ser el último". Ahora comprendía lo que querían decir realmente esas palabras: Sake y mujeres. Había en Chicago un cine que por algún extraño motivo había quedado intacto en la ciudad reducida a escombros. Los soldados solían ir allí a pasar el rato. Les divertían especialmente los cortometrajes de propaganda del conejo Bugg peleando contra los japoneses, que veían una y otra vez riendo. Arata había empezado a sentir repugnancia por esa especie de estudiantina perpetua; por esos hombres físicamente adultos, pero que se comportaban como niños traviesos, siempre escudándose detrás de Grandes Palabras: el Emperador, la Patria, el Honor.

Cuando cayó Moscú, la Unión Soviética fue declarada oficialmente derrotada, aunque todavía quedaba un bastión rebelde en Vladivostok. Stalin se había pegado un tiro en la cabeza en su bunker antes de ser capturado. Vladivostok estaba gobernada por varios generales soviéticos que se odiaban mutuamente y planeaban asesinarse a la primera oportunidad. Cuando cayó Chicago, en cambio, les esperaba a los japoneses todavía una dura lucha por delante. Daiki y Arata eran ahora sargento primero y sargento respectivamente: Hombres sin sangre noble como ellos jamás se convertirían en oficiales, pero su rango les daba algunos privilegios

Tras la caída de Detroit, la guerra entró en una etapa de muy baja intensidad. El frente se extendía entre Cleveland y Washington DC, pasando por Pittsburg. Los americanos habían cavado trincheras y sembrado cada metro con minas antitanque y antipersonas, habían construido bunkers y, cuando se quedaron sin gasoil para sus tanques, los enterraron en hormigón y los convirtieron en torretas de artillería. Al este, entre los Grandes Lagos y la bahía de Hudson, los ríos formaban una fortaleza natural que se podía defender con muy pocos hombres. Los informes de inteligencia decían que, dentro de ese último bastión, quedaban todavía algo menos de seiscientos mil soldados americanos y unos cuarenta mil

canadienses. Quedaban también unos ocho mil argentinos, brasileños y chilenos que todavía no habían sido evacuados. – La verdadera importancia del "ABC" no eran sus soldados: eran las toneladas de trigo y carne que llegaban a diario al puerto de New York desde Sudamérica. Un oficial del ABC, el coronel Perón, había dicho en enero de 1943, cuando Argentina le declaró la guerra al Japón: "Si uno le da un fusil a una vaca y la suelta en un campo de batalla: Me parece que no entiende para qué sirve una vaca". Los sudamericanos habían comprendido que el modo de hacerle la guerra al Japón era abastecer de comida a los norteamericanos. – Aunque había ya más de tres millones de soldados japoneses en suelo americano, sabían que les esperaba todavía una lucha larga y sangrienta para acabar la guerra.

Los líderes del Eje volaron todos a Grecia y, en la Cumbre de Atenas, se repartieron literalmente el mundo. La parte principal del acuerdo fue el reparto de las naciones racialmente inferiores: Japón se quedaría con China apenas acabase la guerra en América, Alemania con la India e, Italia, con África. Lo insatisfecho que quedó Mussolini con el acuerdo se convirtió en un chiste. Daiki le mostró a Arata una caricatura que andaba circulando entre los soldados: El emperador aparecía como un padre de familia, Hitler como su esposa y Mussolini como un niño con dos muñecos de caníbales armados con lanzas de piedra, al que le decían: "Vete a jugar con tus negritos, Benito; tenemos que hablar cosas de adultos". Arata se rio. Aunque esa caricatura no le faltaba el respeto al emperador (otras sí lo hacían. Y de un modo inimaginable al inicio de la guerra), a Arata le asombró que Daiki se riese de una caricatura del emperador.

Daiki le explicó a Arata el concepto de "guerra fría", del que se había empezado a hablar mucho.

- Es una guerra en contra de nuestros aliados.

- ¿Cómo puede una nación estar en guerra con sus aliados? ¿No es el punto de una alianza hacerle la guerra juntos a un enemigo común?

- Bueno. Sí. Esa es precisamente la idea: Técnicamente no estamos en guerra con Alemania. Pero esta guerra ya está acabada y, en cambio, los hunos son dueños de medio planeta. Tenemos que cuidarnos más de nuestros aliados que de nuestros enemigos. Por cierto: ¿Sabes que vamos a tomar Michigan? No se lo digas a tus hombres: Todavía no es oficial. Inteligencia tomó fotos aéreas que muestran que los americanos han enviado miles de hombres a través del río San Lawrence y están construyendo pistas de aterrizaje cerca de Toronto. Parece que quieren lanzar una contra-ofensiva por entre medio de los lagos. Lo cual tiene sentido: el terreno truculento favorece a un ejército que ya no es casi otra cosa más que infantería.

- Estos bastardos son durísimos. ¿Todavía sigues creyendo que no son más que un montón de cobardes y viciosos?

Daiki dijo, con un sarcasmo que él no le había oído nunca:

- Mi pelotón va a tener el gran honor de ir en la primera ola, siguiendo a uno de los nuevos tanques German-Toyota fabricados en California. Material bélico producido por prisioneros en un campo de concentración: Calidad superior asegurada. Pero no

importa si tu fusil se encasquilla o el tanque que debía protegerte se detiene: siempre es grato morir por la salud del emperador y la prosperidad de sus concubinas. – Remató la sentencia bebiendo un buen trago de Old Smuggler del pico de la botella.

Michigan figuraba en los mapas como territorio dominado por los japoneses, pero la verdad era que buena parte del territorio estaba controlado por milicias de partisanos civiles. Tomar Michigan era un paso previo imprescindible para asediar New York y derrotar definitivamente a los americanos.

Arata se puso en contacto con una editorial clandestina de la resistencia y les ofreció dinero para publicar un panfleto en japonés. El término lo habían inventado los franceses: "La Résistance". Eran un montón de proxenetas y contrabandistas que les conseguían putas francesas y café colombiano de contrabando a los oficiales nazis a cambio de que los dejasen en paz con sus negocios ilegales. Como algunos alemanes borrachos hablaban más de la cuenta con las putas, estas les informaban lo que habían oído a sus proxenetas y, estos, les pasaban la información a sus contactos con la inteligencia inglesa. Arata pensó que, si los Aliados hubieran ganado la guerra, el show del conejo Bugg habría mostrado a esos granujas como si hubiesen sido héroes que salvaron el mundo. Esa idea le sacó una sonrisa. La mitad de los soldados japoneses les compraban marihuana a "The Resistance". Ponerse en contacto con ellos no era particularmente difícil. El taller clandestino funcionaba en un sótano. Su dueño era un hombre en silla de ruedas, que vestía una camisa hawaiana. Había perdido sus piernas en San Diego. Vivía de publicar fotos de mujeres desnudas y literatura obscena ilegal. Pero también publicaba propaganda anti-japonesa. Lo miró a Arata con desconfianza. Cuando supo que el panfleto no pasaría la censura del ejército imperial, y por eso Arata había recurrido a él, aceptó publicárselo al costo, como hacía con la propaganda anti-japonesa.

– En este país, todo el mundo es libre de decir lo que piensa: incluso tú, cara con sueño.

El folleto se titulaba: "El verdadero sentido del Respeto y la Compasión en el Código Bushido", y afirmaba que el código de honor había sido tergiversado y manipulado de modo perverso por las escuelas del Japón y por el Ejército Imperial. Se volvió muy conocido entre los soldados. Tanto, que el ejército publicó un artículo de propaganda diciendo que el Panfleto era un fraude de la Resistencia para desmoralizar a los soldados, haciéndolo pasar como un texto escrito por un soldado del Ejército Imperial. El editor americano no tenía kanjis en su imprenta: por lo que había imprimido el borrador manuscrito de Arata como si fuesen dibujos o fotografías. La inteligencia militar japonesa comparó los kanjis del panfleto con muestras de escritura recolectadas por la censura postal y reconoció la letra de Arata. Un suboficial le dijo confidencialmente a Arata que iban a enviarlo en las primeras olas para que lo matasen. Si sobrevivía a la Batalla de Michigan, lo llevarían a una corte marcial por publicar propaganda subversiva y lo fusilarían. Pero preferían que muriese en combate y sostener la mentira de que el panfleto era un fraude de la resistencia. Arata comprendió que el suboficial le había dicho eso por órdenes de los superiores: para que él se suicidase y les solucionase el problema.

Los oficiales los llamaron de a un pelotón por vez y les dieron una charla en una tienda de campaña: Los blindados debían cuidarse del fuego de morteros y de algunas ametralladoras

de grueso calibre; pero el 90% de las fuerzas enemigas eran solo infantería mal armada sin artillería anti-tanque. La aviación americana era el equivalente a un portaaviones en tierra firme, dijeron. Los únicos bombarderos que habían visto eran tres Boing B-17. "Van a ser como picaduras de mosquitos", dijo el instructor.

Arata no le había contado nada a Daiki sobre su futuro juicio y condena a muerte, para no distraerlo en la batalla con pensamientos personales. Cuando se acercó a despedirse de Daiki, este le dijo en voz baja:

– No creas una sola palabra de lo que dijeron estos idiotas. Los americanos se han encerrado voluntariamente en el norte de la península. Siguen las enseñanzas de Sun Tzú: se han cortado la retirada a sí mismos y están en "terreno mortal". Se han colocado voluntariamente en una situación en donde no tienen otras opciones que vencer o morir, porque no hay a donde huir. Esta no va a ser una batalla fácil.

– Lo sé. Hay algo raro en esta batalla: Los americanos nos están provocando. Parece que quisieran que los ataquemos, aunque no tienen fuerzas para resistir un ataque. No tiene sentido.

– Deben saber que ya están derrotados y quieren morir con honor. Igual que nosotros.

Arata lo miró con suspicacia. ¿Sabría Daiki de su condena a muerte? No. Ese cometario había sido solo una casualidad. Se despidió de él sabiendo que era la última vez que lo veía.

Avanzaron hostigados por francotiradores y ataques aéreos. Los pilotos peleaban su propia batalla en el aire, mientras la infantería avanzaba cubriéndose detrás de sus German-Toyota. Tras un buen rato de combate, los Zeros se replegaron a cargar combustible y municiones: por media hora los japoneses estarían desprotegidos por el aire. Los tres B-17 se lanzaron entonces al ataque.

– No se distraigan por los aviones: Sigan atentos a los francotiradores. – Ordenó Arata.

Hubo un destello que los encandiló y debieron apartar la vista. Las bombas hicieron un ruido raro: No sonaba como una explosión. Fue más bien un chasquido. Como cuando se rompe una tabla de madera o cuando explota una bolsa de papel. Cuando volvieron a mirar al frente, vieron a los blindados de la primera ola volando por los aires: como si no fuesen más que hojas secas en otoño. Volaban a cien metros de altura.

– ¡Todo el mundo a cubierto! – Grito Arata.

Se lanzaron al costado del camino y se aplastaron contra el terraplén de tierra. La onda expansiva los dejó sordos por un buen rato, con los oídos silbando. El German-Toyota se detuvo en seco como si hubiese chocado contra una pared de acero. Segundos después llegó el calor: quemaba la piel y costaba respirar. Duró un minuto y dejó a los soldados tosiendo y escupiendo polvo. Arata miró a sus hombres. Estaban en shock. Él sabía que ya era un hombre muerto, que nada de lo que ocurriese en esa batalla iba a cambiar su destino, así que se lo tomó con más calma. Subió el terraplén y, parándose en el medio del camino, con el fusil al hombro y el casco en la mano, cubierto totalmente de polvo, miró hacia adelante:

Una colosal torre de humo, fuego, polvo y cenizas se elevaba a varios kilómetros de altura

sobre el suelo de Michigan. No había el menor rastro de Daiki y sus hombres. Habían sido totalmente vaporizados por la explosión. Los blindados estaban desparramados a cientos de metros en todas direcciones, como si fuesen juguetes que arrojó por el aire con furia un niño monstruoso.

– Bueno... – Se dijo Arata – Esos son los mosquitos más jodidos que he visto en mi vida.

XVII

Acá es tranquilo.

Dado que nuestro planeta iba a ser destruido en cinco meses, se consideró razonable adelantar la publicación del paper. Yo le envié todos mis cálculos en un archivo adjunto a Joe Smith, el director del proyecto, quien intentó convencerme para que no renunciara.

– Tu firma no va a figurar en el paper. – Dijo.

– De todos modos, iba a ser la decimoséptima firma.

– Sí. Pero es mejor ser el número diecisiete en un paper que merece el premio Nobel que el primero en algún artículo mediocre.

– Y, de todos modos, no va a haber más premios Nobel. ¿Cuál es el punto? – Dije.

El estudio se publicó en el último número de Nature, a fin de mes, con el título: “Evidencia concluyente de que el cuerpo trans-neptuniano 2025 YF fue apartado de su órbita por una colisión reciente y entró en una órbita de intersección con la Tierra”. Tuvieron la amabilidad de añadir mi nombre por el final. El último premio Nobel se entregó de modo adelantado, así que puedo decir que gané algo así como una milésima de premio Nobel.

Tomé uno de los últimos vuelos a Sudamérica.

No sabría decir que fue lo que me llevó a pasar mis últimas semanas en Laguna Espejuelo. No tenía familia allí y no guardaba ningún recuerdo particularmente agradable de mi infancia y adolescencia, más allá del hecho en sí de haber sido joven. El tipo de la inmobiliaria me mandó la escritura por mail desde Buenos Aires y me dijo que rompiera la cerradura con una palanca. Al llegar fui a la comisaría del pueblo para explicar la situación y que no me tomaran por un okupa. La comisaría era una casa de ladrillo hueco con un calabozo y una recepción. Le dije al comisario que me alegraba saber que en el pueblo había policía.

- Por ahora estoy yo solo. – dijo. – Para lo que es este pueblito, me las arreglo. Más adelante, veremos.

Me llamó la atención esa respuesta. Pensé en el error común de hablar en presente de alguien que ha muerto hace muy poco. Ese pobre hombre todavía no había asumido que no habría un "más adelante".

Tras romper la puerta, compré un pasador y un candado en la única ferretería del pueblo.

- Es un pasador para tranquera, pero no nos está entrando material: Si no, va a tener que esperar semanas. – Me dijo el ferretero.

Me llevé el pasador para tranquera.

Me había traído todo el efectivo posible y un teléfono satelital. Fui al mini-mercado y pregunté si había un límite de unidades por persona para comprar. El cuyano que atendía me miró extrañado y respondió que no. Así que tomé un changuito y lo llené hasta el tope de latas de conserva y paquetes de fideos sellados al vacío. Compré harina con levadura para amasar pan y muchas latas de atún para que no me faltaran proteínas. Cargué un montón de latas de ensalada jardinera para compensar la falta de verduras frescas. El cuyano y otro hombre conversaban entre sí, me miraban y hablaban por lo bajo. Me debían considerar una especie de loco. Conseguir un generador fue imposible. Me resigné a que, si se cortaba la luz, me quedaría a oscuras. Podía cocinar a gas.

Solucionados todos los problemas prácticos, me puse a pensar en cómo había cambiado Laguna Espejuelo o, mejor dicho, en cómo no había cambiado. Tener televisión ahora era algo normal. Y el empedrado de la calle principal había sido cubierto con alguna clase de pasta negra: arruinando la única cosa que no era fea en todo el pueblo. Casi todas las casas tenían una sola planta. La mayoría eran de color barro. Y todo el mundo seguía siendo apático, malicioso y desagradable. También de color barro.

Joe me llamó por teléfono apenas terminé de instalarme. Dijo que se había creado una comisión de seguimiento del "2025 You´re Fucked" – En la comunidad astronómica, nadie lo llamaba por su nombre técnico, a menos que los profesores Yamaguchi o Friedrichson estuvieran presentes – y que quería que yo formase parte: Podía trabajar a distancia por Internet, si quería. Le agradecí la oferta, pero la rechacé.

En el mini mercado me dieron la dirección de una mujer que cocinaba por encargo, Doña Encarnación. Arreglé pagarle una suma de dinero para que me llevara el almuerzo a casa. Yo me prepararía la cena y las otras comidas. Una de las primeras veces que Doña Encarnación fue a casa me encontró limpiando mi rifle Winchester.

- ¡Ay, Por Dios! – Exclamó.

Me disculpé con ella.

- Me había olvidado que la gente, acá, no está acostumbrada a las armas. Es sólo una precaución: por si las cosas se ponen complicadas.
- ¿Complicadas con qué?
- Bueno… usted sabe… – Dije. Viendo que ella no captaba la idea: señalé con un dedo al cielo.
- ¡Ah! ¿Por el cometa dice usté´?
- Técnicamente no es un… Sí. Por el cometa, digo. Por eso me volví de Estados Unidos.
- Ah, sí. Me enteré de que por allá se va a acabar el mundo. No veo mucha televisión, yo. ¿Sabe? Acá es tranquilo. Nunca pasa nada.

Mi casa estaba a unos cuatrocientos metros del pueblo. Los días soleados me sentaba fuera mirando al campo, de espaldas al pueblo, con el mate en una mano y las Obras Completas de Machado en la otra. Desprenderme de mi biblioteca no fue un gran sacrificio: Me traje a Machado, Unamuno, Séneca y a Ovidio para relajarme después de leer a los otros tres. No sé qué otro libro tendría sentido en estas circunstancias.

Vi que me saludaba una muchacha en bicicleta. Le devolví el saludo creyendo que era solo una vecina que iba al pueblo, pero ella se detuvo frente a mi casa y vino caminando. Pelo negro que claramente se cortaba ella misma frente al espejo, short de jean cubierto por una camiseta negra con la foto de alguna clase de grupo musical. Con un chicle en la boca me dijo:

- Usted debe ser el gringo: Doña Encarnación me habló de uste´. Dijo que era joven y atractivo. – Yo sonreí, halagado. Pero ella añadió: – La vieja no ve bien... ¿De dónde es uste´?
- De hecho… de aquí mismo. Crecí en este pueblo. Hice la primaria acá. Después recibí una beca para hacer la secundaria en La Plata y nunca más volví. A propósito: soy Ernesto Robledo. – Y le tendí la mano.
- Mónica. Pero todo el mundo me dice Moni. Bueno. Si quiere cualquier cosa, yo siempre paso por acá con la bicicleta. O puede agendar mi teléfono, si quiere.
- Gracias. Muy amable. Por cierto, ¿A qué te dedicás, Moni?
- Soy una puta.
- ¡Guau! Hacía años que no escuchaba… otra cosa que eufemismos. ¿Estás segura de

que no sos una mujer independiente, liberada de los estereotipos culturales hetero-patriarcales cisgénero?

– No. – Dijo ella. Un poco confundida.

– ¿Qué edad tenés, Moni?

– Parezco de dieciocho. – Dijo.

Moni me recordó muchísimo a alguien que había olvidado. Pregunté en el pueblo con discreción por Soledad: calculé que tendría 50 años ahora. Dije que me habían dicho que reparaba ropa por encargo. Me recomendaron a varias mujeres que hacían zurcidos por encargo, pero nadie había oído hablar de la Sole. Ser olvidada en un pueblo como Laguna Espejuelo es algo así como hacer cero puntos en el ProDe: hay que reconocerle cierto mérito paradójico.

Lo llamé a Joe y le pregunté si la oferta de trabajo seguía en pie. Me dijo que un avión militar iba a despegar de Buenos Aires en ocho días, pero que tuviera cuidado en el viaje: la capital argentina se había hundido en el caos y los caminos eran peligrosos. Lo cierto fue que ni siquiera logré salir de Laguna Espejuelo. El gobierno había abolido la libre circulación "por tiempo indeterminado". Lo que significaba: hasta que llegase 2025 You´re Fucked. Volví a agradecerle a Joe por teléfono, pero le dije que no podría tomar el avión.

Estaba armando mi telescopio (no lo había desempacado desde que llegué) cuando la vi pasar a Moni y la saludé. Ella se acercó.

– ¿Habías visto un telescopio?

– Nunca uno tan grande.

– Si: me pregunto qué diría el Dr Freud de este artefacto.

– No sé. No lo conozco. Tengo una salud de fierro, por suerte. – Dijo.

Terminé de montar el telescopio sobre el trípode y le dije a Mónica:

– ¿Querés venir esta noche? Me gustaría mostrarte algunas cosas con esto.

– Bueno. No es lo más raro que me han pedido que haga.

– No quise decir en ese sentido… fue una invitación, no un fetiche… Además, vos podrías ser mi hija.

– Pero no lo soy. Eso es lo divertido.

Por el camino que iba al pueblo pasó una mujer de unos cuarenta años con una pollera larga. Me vio conversando con Mónica y me miró con desaprobación, pero desaceleró su

paso para ver con curiosidad todo lo posible. Recordé por qué hacía cuarenta años que no pisaba este pueblo.

- ¿Tenés familia, Moni?
- En Rosario. Me escapé de casa cuando tenía trece y no los volví a ver más.

Me dio pena Mónica. No sólo por lo más importante: los jóvenes como ella perdían más que los viejos como yo. Sino también porque, a tres semanas del fin, el mundo no era mejor que faltando tres siglos y la gente seguía teniendo que hacer cosas que no quería hacer para poder tener un plato de comida. El mundo seguía su marcha habitual, no sólo en su movimiento de translación, sino en los negocios sobre su superficie. Me puse a calcular mentalmente cuantas personas habrían muerto de muerte natural desde el descubrimiento del 2025 YF, algo en lo que no había pensado antes.

- La gente se puso ahorrativa porque dicen que va a haber escasez. – Dijo Mónica. – Me está costando encontrar clientes.
- Eso es algo que ciertamente me toma desprevenido. Yo esperaba por sentido común que chicas como vos iban a tener trabajo de sobra en estos días.
- Pues no. Lo voy a ir a ver a un tipo que no me falla nunca. El problema es que… tiene gustos raros… si no fuera por necesidad, no iría.

Pensé: "Unos ciento noventa y cinco millones. Mil trescientos días multiplicados por ciento cincuenta mil muertes naturales diarias"; pero dije:

- Moni. No tenés que hacer nada de esto. Te podés quedar acá si querés. Tengo comida de sobra para tres meses y falta menos de un mes.
- ¿Por lo del cometa, dice? Escuché en la tele que la NASA lo va a destruir con una bomba atómica.

La noticia me dejó un poco confundido. Mónica estaba yéndose y la llamé.

- Moni. Lo confieso. Soy un fetichista de los telescopios. Quiero verte esta noche mirando por el telescopio conmigo. ¿Cuánto querés por eso? ¿cuánto sería suficiente para que no necesites ir a verlo al tipo de los gustos raros?

Moni se rio y dijo que volvería esa noche.

Cuando quedé sólo, lo llamé a Joe. Me contó que todas las potencias nucleares estaban coordinando esfuerzos para lanzar sus misiles al mismo tiempo. La Comisión de Seguimiento estaba calculando el tiro. Sabían que era completamente inútil, pero era un modo de mantener tranquila a la gente.

Esa noche, después de cenar, le di a Moni el recorrido turístico usual: la Luna, Saturno, la Vía Láctea, Andrómeda; y, después, la inevitable novedad por la que ella preguntó:

- ¿Qué significa “iuarfac”?
- Son las letras en inglés. Suponemos que estuvo millones de años en una resonancia 4:7 respecto de Neptuno. Eso quiere decir que, cada vez que Neptuno orbitaba al sol 7 veces, 2025 YF lo hacía 4 veces. Pero algo pasó allá afuera que lo sacó de su órbita. Cuando lo vimos, estaba casi en la órbita de Saturno.
- ¿Eso es más cerca o más lejos que Neptuno?
- Más cerca. Mucho.
- ¿Es más grande que el que mató a los dinosaurios?
- Cien veces más grande. Este no va a dejar vivas ni a las bacterias.

Moni se mudó conmigo. Acordamos que ella iba a cocinar y hacer limpieza en la casa, porque no quería que yo la mantuviera sin hacer nada a cambio. También se ofreció a pagar de otros modos, pero yo no estaba interesado. No conversábamos mucho: Yo me sentaba a leer a Unamuno a la sombra de un árbol, mientras ella veía videos en su celular. Decía que los libros le parecían aburridos; sin embargo, “Las metamorfosis” le interesó, y hasta largó una buena carcajada al llegar a la historia de Júpiter y Sémele. Por un acuerdo tácito no volvimos a mencionar a 2025 YF hasta que faltaban cuatro días.

- ¿Qué chances crees que tengan de funcionar las bombas atómicas?
- Cero. Y ellos lo saben. Podría hablarte un rato largo del momento angular, megatones y otras cosas que no entenderías. Pero lo que importa es esto: no es una cuestión de probabilidad matemática, de chances, es más bien como si un mosquito intentara desviar a un elefante de su camino empujándolo: simplemente no tiene la fuerza necesaria.

Al otro día, los caminos estaban abiertos. No es que el gobierno hubiera levantado la ley marcial: simplemente no había nadie vigilando los caminos. La gendarmería se había ido. Moni me dijo que en Mendoza estaban haciendo fiestas espectaculares en la calle. Un video titulado “Cocaine donkey” se había vuelto viral en Internet. Ella quería ir a pasar los últimos días allá. Le di casi todo el dinero que me quedaba – Por cierto; ese fue otro mito que resultó ser falso: El dinero seguía siendo algo muy útil. Si alguien quería un objeto H, y el dueño del objeto H quería vendérselo para poder obtener el objeto B, necesitaban un medio de intercambio indirecto: el trueque era una limitación innecesaria. O sea: la razón por la que se inventó el dinero en primer lugar seguía siendo válida faltando menos de una semana para el fin del mundo. – Mónica me preguntó por qué yo era tan bueno con ella. Por

primera vez le conté acerca de Soledad. Quizás me sentía mal por haberme aprovechado de su necesidad cuando era un adolescente y lo estaba compensando con ella. Mónica me escuchó seria. Era raro no verla con una sonrisa. Finalmente dijo:

– Mirá: Cualquiera que te diga que es puta por vocación, que lo hace por placer, porque le gusta, está mintiendo. Pero cualquiera que te diga que sólo lo hace por necesidad, que no le gusta, también está mintiendo. Vos vas a pasar estos días leyendo y mirando a las estrellas con tu telescopio, porque eso es lo que elegiste hacer con tu vida. Y yo me voy a ir a Mendoza a acostarme con todo hombre, mujer o burro merquero que me cruce en el camino hasta que llegue el cometa, porque eso es lo que elegí hacer con mi vida. Cada uno es lo que eligió ser y nada más.

Por primera vez me di cuenta de que Mónica era más inteligente de lo que le había concedido. Me reproché por haberla subestimado. Nos despedimos con un beso en la mejilla y no volví a verla.

La noche anterior decidí pasarla en vela. Al otro día estaría agotado y me iría a dormir. YF llegaría a las dos de la tarde y me encontraría dormido. Ya se podía ver claramente sin telescopio: con un tamaño angular de 4°, era el segundo objeto más luminoso en el cielo después de la Luna.

Al amanecer puse el pasador y me acosté a dormir con el rifle al lado de la cama. Pero no tenía sueño. Lo quise llamar a Joe para despedirme, pero su mujer me dijo se había suicidado dos días antes. Le di el pésame y colgué. Finalmente decidí ir al último lugar en la tierra donde quería estar: el pueblo. Caminé las cuatro largas cuadras que me separaban de Laguna Espejuelo para ver que estaba pasando por allá. Me sorprendió ver varios negocios abiertos. Entre ellos el bar, donde entré. Era la misma borrachería con piso sucio de madera que recordaba de ir a buscar a mi padre allí. El bar tenía una pantalla de televisión encendida. Estaban anunciando el fracaso de los misiles nucleares. El dueño del bar me miró y dijo, con una especie de sonrisa de satisfacción o de burla:

– Parece que al final allá se va a terminar el mundo, nomás. Lo van a transmitir en vivo, si quiere verlo.

– No, gracias. – Dije.

Volví a casa pasadas las once, un poco ebrio. Saqué una silla afuera y me puse a leer a Séneca, pero me quedé dormido.

Breve post-logo del autor

Este libro reúne los escritos de mis primeros tres años en la ficción (2022-24). Forman una unidad de estilo y de espíritu. Cualquier cosa que haga en el futuro escribiendo ficción será seguramente notoriamente distinto.

"Sueños" es un cuento por el que tengo cierto favoritismo, por ser lo primero que di al público. La semejanza con "La noche boca arriba", de Cortázar, es algo que se me pasó por alto al escribirlo, aunque sí conocía ese cuento. Influencias totalmente conscientes fueron, entre otras, "La esposa del viajero en el tiempo", de Audrey Niffenegger; "Spartacus", de Howard Fast; y las canciones "El sueño de Julia", de Pink Floyd, y "Charlotte a veces", de The Cure.

Una reacción de sus primeros lectores, que yo no me esperaba, fue que varios se lamentaron de no saber cómo terminó la batalla. El cuento está escrito en castellano: una lengua que deriva del latín: Creo que eso puede considerarse un spoiler.

Los relatos satíricos breves, como "Prejuicios", pueden parecer escritos de menor importancia; pero todos mis cuentos evolucionaron a partir de sátiras breves como esa; que simplemente se volvieron más complejas al tomar vida propia.

De entre ellas, "La Colonia" es mi único relato protagonizado por animales antropomorfos. El evidente parecido con "Rebelión en la granja", de Orwell, llevó a que la mayor parte de los lectores pensara que el relato trata del marxismo. En realidad, "La Colonia" es una sátira del utopismo político. Marx fue sólo un caso particular de eso.

"El largo camino a Michigan" es una Historia alternativa. La razón que me llevó a meterme en un género que detesto fue que, en realidad, la premisa de una realidad alternativa donde los japoneses ganaron la batalla de Midway es sólo el telón de fondo para la historia que realmente quería contar; que es la del viaje personal de Arata, su protagonista.

"La gente que vive de noche" tiene varias peculiaridades que lo diferencian de otras cosas que he escrito. La primera y principal: es infilmable. Es un cuento y no el relato de una película que no existe. Segundo: no sigue una narrativa convencional occidental, sino un modelo narrativo japonés llamado "kishotenketsu". Creo que el resultado final terminó siendo una versión muy occidentalizada del modelo kishotenketsu, pero fue un experimento interesante de hacer. Recién cuando estaba haciendo las últimas correcciones y puliendo detalles, caí en la cuenta de que el cuento es una Historia alternativa. Es curioso que terminé incursionando dos veces en un género que no puedo tener en más baja estima.

En este cuento hay un personaje que está basado en una persona real aún viva, y esto es bastante obvio. No voy a caer en la hipocresía de "cualquier semejanza… bla-bla-bla… pura coincidencia". Pero sí quiero aclarar que el cuento no es una alegoría de ningún hecho

real específico.

Por su parte, “Acá es tranquilo” toca un tema alegre y optimista, para levantar el ánimo: el fin del mundo. “El gran serafín”, de Bioy Casares, ha sido una influencia fuerte y totalmente consciente para este cuento. Me encontré con un ensayo de una autora que pone ese cuento como ejemplo de que los escritores argentinos no se pueden tomar en serio el fin del mundo, y tienden a tratar el tema con ironía. Me alegra haberme sumado a una tradición que no sabía que existía.

“Las colegialas” fue inspirado por la observación que hizo alguien de que, si uno buscaba “colegialas” en Google Imágenes, los primeros resultados eran pornografía; y, sólo como resultado secundario, aparecían fotos de auténticas colegialas.

“Matar una leona” me parece mi mejor cuento, pero la opinión del autor en estos asuntos vale menos que la de cualquier otro mortal.

Ese cuento, lo mismo que “En el corazón de Joseph Conrad”, espían en el “detrás de la escena” de hechos reales. Lo que lleva a la pregunta: ¿Hasta qué punto serán ficticios esos relatos? Creo que no poder saber la respuesta a esta pregunta es parte de su atractivo. Una influencia totalmente consciente fue: “Las penas del joven Goethe”, de André Maurois.

Si me preguntan de qué va “La paradoja del abuelo”, la respuesta es que no tengo la menor idea: Ese cuento se escribió en mi cabeza por completo a nivel subconsciente. Me siento más copista que no autor.

“Si hubiera cinco hombres justos” está inspirado en una frase de Allan Moore: “Los superhéroes son vigilantes con armas de destrucción masiva”. Esa idea me llevó a reflexionar en que el cine ha mostrado muchas veces a los vigilantes como si fuesen superhéroes sin súper poderes (“El vengador anónimo”, “Búsqueda implacable”). Posteriormente lo adapté como guion de cine, con el título de “La Cruz”, que esperamos estrenar en 2025.

Creo que el mejor modo de estudiar la Historia de la filosofía es leer a los pensadores en orden cronológico: Familiarizarse con las polémicas entre dos escuelas antagónicas sin saber cuál terminó por imponerse, o si al final hubo una especie de síntesis, y sin conocer la refutación de ideas que, en principio, suenan razonables. Un inconveniente con este método es que uno puede terminar desarrollando sentimientos muy fuertes respecto de asuntos que no le importan a nadie hace siglos. El licenciado Horacio Di Lazio, de “Año 2778 desde la fundación de Roma”, es en buena medida una sátira de mí mismo.